

¿MERCENARIOS PARA EL DESARROLLO?:
UNA NUEVA DIRECCIÓN EN EL USO DE CONTRATISTAS MILITARES
PRIVADOS COMO UN REFLEJO DE LA POLÍTICA EXTERIOR CHINA EN
ÁFRICA

HENRY GONZALEZ ANZOLA

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y RELACIONES INTERNACIONALES
MAESTRIA EN RELACIONES INTERNACIONALES
BOGOTA
2014

¿MERCENARIOS PARA EL DESARROLLO?:
UNA NUEVA DIRECCIÓN EN EL USO DE CONTRATISTAS MILITARES
PRIVADOS COMO UN REFLEJO DE LA POLÍTICA EXTERIOR CHINA EN
ÁFRICA

HENRY GONZALEZ ANZOLA

Trabajo de tesis para optar al título de Magíster en Relaciones Internacionales

Director: Juan Pablo Gómez Azuero

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y RELACIONES INTERNACIONALES
MAESTRIA EN RELACIONES INTERNACIONALES
BOGOTA
2014

CONTENIDO

1. INTRODUCCIÓN	5
1.1. ESTRUCTURA DEL DOCUMENTO	7
1.2. ANTECEDENTES	8
1.2.1. SOBRE EL MERCENARISMO Y LOS CMPs	8
1.2.2. EL CASO SINO-AFRICANO	12
1.2.3. VENTAJA COMPARATIVA	15
1.3. PLANTEAMIENTO Y DELIMITACIÓN DEL PROBLEMA	16
1.4. OBJETIVO GENERAL	17
1.5. HIPÓTESIS	17
1.6. JUSTIFICACIÓN	17
2. MARCO TEÓRICO Y METODOLOGICO	19
2.1. OBJETIVOS ESPECIFICOS	19
2.2. METODOLOGÍA	20
3. EL INTERÉS DE CHINA EN AFRICA	21
3.1. ANALISIS DE LA POLITICA EXTERIOR CHINA	21
3.2. POLITICA ENERGETICA CHINA	26
3.2.1. CHINA Y LA DEPENDENCIA DEL PETROLEO	28
3.2.2. BALANCE ENERGETICO DE CHINA	29
3.2.3. ENERGIA Y DIPLOMACIA	32
3.2.4. CHINA Y EL HEMISFERIO SUR	33
4. REALIDADES DE LOS ESTADOS AFRICANOS Y SU RELACIÓN CON CHINA	38
4.1. CHINA Y LA UNIÓN AFRICANA	39
5. EVALUACION DEL MERCENARISMO Y LOS CONTRATISTAS MILITARES PRIVADOS DESDE DIVERSAS TEORIAS	42
5.1. REALISMO	42
5.2. POSTCOLONIALISMO	44
5.3. LIBERALISMO	45
5.3.1. EL POSIBLE USO DE CONTRATISTAS MILITARES PRIVADOS EN INTERVENCIONES HUMANITARIAS	46
6. HISTORIA DE LA INJERENCIA DE LOS CONTRATISTAS MILITARES PRIVADOS EN AFRICA	47
7. ESTUDIO DE CASO: ANGOLA	57

7.1. HISTORIA DE LA RELACION DE ANGOLA CON LOS CONTRATISTAS MILITARES PRIVADOS	57
7.2. EL GIRO SINO-ANGOLÉS	61
7.3. LA FORMULA CHINA DE CONTRATISTAS MILITARES	63
8. CONCLUSIONES	65
9. BIBLIOGRAFÍA	72

1. INTRODUCCIÓN

Es difícil concebir el mundo del siglo 21 sin China. El Reino Medio, que dentro de sus fronteras cobija a la mayor población mundial, ha retornado al lugar de preeminencia que ha ocupado durante la mayor parte de su historia. Un régimen unipartidista, y con una economía centralizada pero fuertemente abierta al mercado, China se ha convertido en la fábrica del mundo y gracias al ascenso de su clase media, también se está convirtiendo con cada vez mayor velocidad en uno de los grandes consumidores del mundo. Con semejantes antecedentes, sería fácil asumir que éste país puede tender a seguir los pasos de otras grandes potencias del pasado, haciendo eco en la escena internacional con una actitud asertiva de crecimiento agresivo e imposición de condiciones al tercer mundo, del cual hacía parte hace apenas una generación.

Sin embargo, y probablemente a causa de esos mismos antecedentes, China ha dirigido sus esfuerzos diplomáticos y comerciales de formas distintas, explotando al máximo la naturaleza interdependiente del mundo globalizado para satisfacer sus necesidades, pero consciente de las ventajas de la cooperación por encima de la explotación, de la que también fue víctima en los peores días de su interacción con occidente, cuando las potencias comerciales europeas abrieron el mercado chino a sangre y fuego. Y aun cuando, siglos después, el mundo estuvo dividido en dos bloques, la China comunista se mantuvo al margen de los grandes bloques ideológicos representados por Estados Unidos y Rusia, y optó por alentar la independencia de otros países también deseosos de no alinearse con las dos alternativas de la hegemonía global.

De la misma forma, si China ocupa los encabezados de los periódicos en nuestros días, probablemente África lo haga en un futuro cercano, pero contando las historias de progreso y crecimiento que hoy apenas son una nota al margen de la historia. África es una tierra con vastas riquezas naturales y un gran potencial encarnado en

su población joven y en crecimiento, y también, como China en un punto de su historia, sufrió las consecuencias de la colonización, irrespetuosa de creencias, historia y autoridades tradicionales. Sin embargo, mientras que China ha logrado alcanzar un alto nivel de cohesión política que ha impulsado la estabilidad social y el progreso económico, África es un continente entero, con fronteras nacionales impuestas arbitrariamente por las potencias coloniales y gobiernos debilitados por décadas de abandono internacional, explotación oportunista por cuenta de occidente y la falta de una cultura política que promueva la transparencia y el respeto de las instituciones.

Considerando estas historias tan dispares, resultan sorprendentes las noticias que dan cuenta de los fuertes lazos de cooperación e interdependencia entre la potencia global y el continente empobrecido, narrando una historia distinta a aquella contada por Occidente, que fluctúa entre la asistencia humanitaria (el equivalente a la limosna en el sistema internacional) y la intervención disruptiva que, tras una breve lectura de la historia reciente, no le han reportado beneficios de peso a la región.

Finalmente, la seguridad uno de los barómetros que miden la estabilidad de cualquier gobierno, y la historia de la seguridad en África ha sido una de señores de la guerra, insurgencia, mercenarios e intervención militar extranjera. Estados débiles hacen guerras crueles, sirviendo como un poderoso recordatorio del Estado de Naturaleza de Hobbes, y la importancia de contar con un monopolio de la fuerza para garantizar vidas tranquilas y largas. Ese vacío de seguridad ha sido ocupado en las últimas décadas por una multiplicidad de agentes privados, que como hijos del libre mercado, han hecho de la fuerza y de la violencia un servicio para vender y con el cual enriquecerse.

En el presente trabajo contará cómo éstos tres actores, gracias a sus propias historias y a las historias de sus rivales, socios y enemigos, ilustran una imagen de un futuro posible que nos aguarda como miembros del Sur Global, a medida que

fenómenos como la seguridad privada da paso a los ejércitos por contrato, y a medida que la China de la que importamos artículos se convierta en la China de la que dependan nuestras economías y el futuro de nuestros hijos.

1.1. ESTRUCTURA DEL DOCUMENTO

Este trabajo se divide en cinco partes generales, donde cada una añade nuevos conceptos necesarios para tener los fundamentos analíticos que requiere cada sección posterior.

Como parte de este primer capítulo, se introduce al lector con un sumario de antecedentes sobre los tres núcleos temáticos, a saber, China, África y los Contratistas Militares Privados, seguidos del segundo y tercer capítulos, donde se definen el marco teórico y la metodología que guiarán los argumentos expuestos en este trabajo, y tratándose de una tesis en Relaciones Internacionales, se presenta y justifica el uso de la óptica Liberal y el autor cuyas observaciones guían parte del análisis presente en todo este documento.

En el cuarto capítulo se expone la política exterior de China, así como elementos clave de su evolución, y se presentan las necesidades energéticas del país, en particular de petróleo, como un elemento ilustrativo de las nuevas dinámicas diplomáticas y comerciales con las que China está abriéndose paso en la escena mundial como gran consumidor de recursos y socio para el desarrollo.

En el quinto capítulo, África hace su introducción, brindando un contexto sobre los fenómenos históricos que le han dado forma al continente y los desafíos que presenta en múltiples frentes.

El sexto capítulo introduce, desde una perspectiva teórica, a los Contratistas Militares Privados, el tercer actor de éste trabajo, y las complejas interacciones que

genera alrededor suyo. Esto le da pie al último capítulo donde a través de un estudio de caso, observamos como confluyen los tres actores y que claves para el futuro podemos identificar en la naturaleza de su interrelación.

1.2. ANTECEDENTES

1.2.1. SOBRE EL MERCENARISMO Y LOS CONTRATISTAS MILITARES PRIVADOS

El uso de mercenarios, que ha sido concurrente desde la antigüedad (Healy & McBride, 1992: 8), implica una mezcla de oportunidades y riesgos que le añade una capa de complejidad adicional a todos los conflictos armados. En El Príncipe, el célebre Nicolás Maquiavelo (1532) prevenía sobre los riesgos connaturales a los mercenarios y guerreros a sueldo, practicantes de un oficio casi tan antiguo como la guerra misma:

Las [tropas] mercenarias y auxiliares son inútiles y peligrosas; y el príncipe cuyo gobierno descansa en soldados mercenarios no estará nunca seguro ni tranquilo, porque están desunidos, porque son ambiciosos, desleales, valientes entre los amigos, pero cobardes cuando se encuentran frente a los enemigos; porque no tienen disciplina, como tienen temor de Dios ni buena fe con los hombres; de modo que no se difiere la ruina sino mientras se difiere la ruptura; y ya durante la paz despojan a su príncipe tanto como los enemigos durante la guerra, pues no tienen otro amor ni otro motivo que los lleve a la batalla que la paga del príncipe la cual, por otra parte, no es suficiente para que deseen morir por él. (Cap. 12)

Estas tropas actualmente están organizadas en forma de compañías con fines de lucro, conocidas bajo diversos nombres tales como Contratistas Militares Privados, Empresas Militares Privadas, Empresas Proveedoras de Servicios de Defensa, entre muchos otros, que para fines de claridad y coherencia, serán denominadas de aquí en adelante como Contratistas Militares Privados (CMP). Estos grupos están

cada vez más involucrados en los conflictos modernos, proporcionando habilidades especializadas y servicios de combate, planificación, inteligencia, formación, apoyo y asistencia técnica, dejando de lado lenta y paulatinamente de lado el monopolio de la coerción y las armas que desde Westfalia ha ostentado el Estado – nación moderno (Schreier & Caparini, 2005). Estas compañías ofrecen una alternativa para los gobiernos débiles, en un entorno donde los Estados que tradicionalmente brindaban asistencia militar se han vuelto cada vez más reacios a comprometer sus propias tropas para participar en los conflictos civiles de los países en desarrollo, debido a los crecientes costos monetarios y políticos de tales aventuras militares. Los partidarios del empleo de PMCs las ven como una solución efectiva a esta combinación de necesidad de los Estados débiles aquejados por conflictos internos y la renuencia de los gobiernos occidentales y organizaciones internacionales para intervenir en estos conflictos (Kinsey, 2006: 66).

En 1989 la Convención Internacional Contra el Reclutamiento, la Utilización, la Financiación y el Entrenamiento de Mercenarios, emitida en Ginebra en 1989, especificó que un mercenario es toda persona:

- a) Que haya sido especialmente reclutada, localmente o en el extranjero, para combatir en un conflicto armado;
- b) Que tome parte en las hostilidades animada esencialmente por el deseo de obtener un provecho personal y a la que se haga efectivamente la promesa, por una Parte en conflicto o en nombre de ella, de una retribución material considerablemente superior a la prometida o abonada a los combatientes de grado y funciones similares en las fuerzas armadas de esa Parte;
- c) Que no sea nacional de una Parte en conflicto ni residente en un territorio controlado por una Parte en conflicto;
- d) Que no sea miembro de las fuerzas armadas de una Parte en conflicto; y
- e) Que no haya sido enviada en misión oficial como miembro de sus fuerzas armadas por un Estado que no sea Parte en conflicto.

Sin embargo los CMPs se las han arreglado para diferenciar sus actividades de aquellas de los mercenarios en dos puntos clave: operan como compañías legítimas, sujetos a regulaciones tributarias y otras normas establecidas por el gobierno donde tengan su sede principal, enmarcando sus servicios como de seguridad privada y ofertan sus servicios abiertamente, sin secretos, al punto que las leyes internacionales contra el mercenarismo no se aplican a los CMPs (Kinsey, 2006: 66).

Sólo Sudáfrica y los Estados Unidos tienen una legislación interna para regular los CMPs, que es más un código de conducta que una verdadera ley análoga a la aplicable para las fuerzas militares. Incluso con esta legislación hay problemas de rendición de cuentas y transparencia. En Reino Unido, donde muchas empresas militares privadas tienen sede, tales como Aegis Defence Services, Control Risks Group, Erinys International, International Intelligence Limited y Sandline International, se ha hablado de la regulación de los CMPs, pero aún está por aplicarse una legislación en este sentido (House of Commons, 2002). Aun así, son bien conocidos los escándalos derivados de los excesos cometidos por miembros de estas organizaciones. El Gobierno iraquí revocó la licencia de Blackwater para operar en Irak el 17 de septiembre de 2007 después de los tiroteos en los que los contratistas de Blackwater podrían haber asesinado a diecisiete civiles iraquíes, mientras un grupo de ésta organización escoltaba un convoy de vehículos del Departamento de Estado de EE.UU. en camino a una reunión en el oeste de Bagdad con funcionarios de la USAID (Singer, 2007: 1). La licencia fue reinstalada por el gobierno estadounidense en abril de 2008, pero a principios de 2009, los iraquíes anunciaron que habían negado a extender esa licencia. Posteriormente, emergieron acusaciones de negligencia, discriminación racial, prostitución, homicidio culposo, asesinato y contrabando de armas hacia Irak.

Los CMPs son particularmente activos en los Estados débiles pero ricos en recursos, donde el gobierno no puede proporcionar su propia seguridad y los

conflictos civiles ponen en peligro el acceso del Estado a sus propios recursos. Estas empresas pueden obtener una gran cantidad de poder, sobre todo cuando sus servicios son compensados con concesiones minerales que les permiten ampliar su influencia en la economía del Estado en que operan. Las actividades de las compañías militares privadas han planteado preguntas sobre la rendición de cuentas y transparencia que deben ser abordadas por el derecho internacional. Estas condiciones representan un desafío desde la perspectiva realista de las relaciones internacionales (Singer, 2011: 159-171) dado que los CMPs hacen que los Estados cliente desarrollen un vínculo de dependencia en cuanto a la prestación de servicios de seguridad. Mientras que un Estado fuerte con un aparato militar avanzado encuentra en el uso de CMP un efecto potenciador de sus propias fuerzas, dado que es la materialización de su propia capacidad económica en forma de más personal activo en el área de operaciones, los CMPs pueden tratar de perseguir objetivos contrarios a la del Estado que lo emplea, cuando éste es débil. Se trata de una afirmación comúnmente sostenida entre los críticos realistas de los CMPs que, debido a su naturaleza corporativa, tienden hacia el ejercicio de toda la influencia que tengan sobre sus clientes a fin de maximizar sus beneficios. Como tal, existe un gran interés por parte de los CMPs en la consolidación no sólo de relaciones de estrecha confianza, sino una “cultura de dependencia” en beneficio de los Estados clientes (Singer, 2011: 205-206)

Hay varias instancias en que los CMPs están trabajando con los gobiernos para diseñar normas efectivas con el fin de regular sus operaciones. Sin embargo, mientras que Estados Unidos ha trabajado en pos de promover la rendición de cuentas de estas empresas a través de reglamentos y contratos, estos métodos aún no se han probado a fondo. De la misma forma en que la industria naviera ha conseguido evitar las regulaciones al registrar las embarcaciones bajo banderas convenientes a sus intereses, los CMPs hacen lo mismo. Si las regulaciones interfieren con la manera en que desean operar, estas compañías mueven sus

empresas a otros países e incluso se disuelven y empiezan de nuevo como personas jurídicas distintas en países distintos (Kinsey, 2006: 139).

La repentina presencia de estas empresas en numerosos conflictos presenta retos interesantes para la comunidad internacional. Desde el Tratado de Westfalia se han desarrollado técnicas diplomáticas, económicas y militares para hacer frente a las crisis creadas cuando los Estados utilizan sus fuerzas armadas o amenazan con hacerlo. Este tipo de mecanismos no existen para el caso en que los Estados o incluso actores no nacionales emplean contratistas armados.

1.2.2. EL CASO SINO-AFRICANO

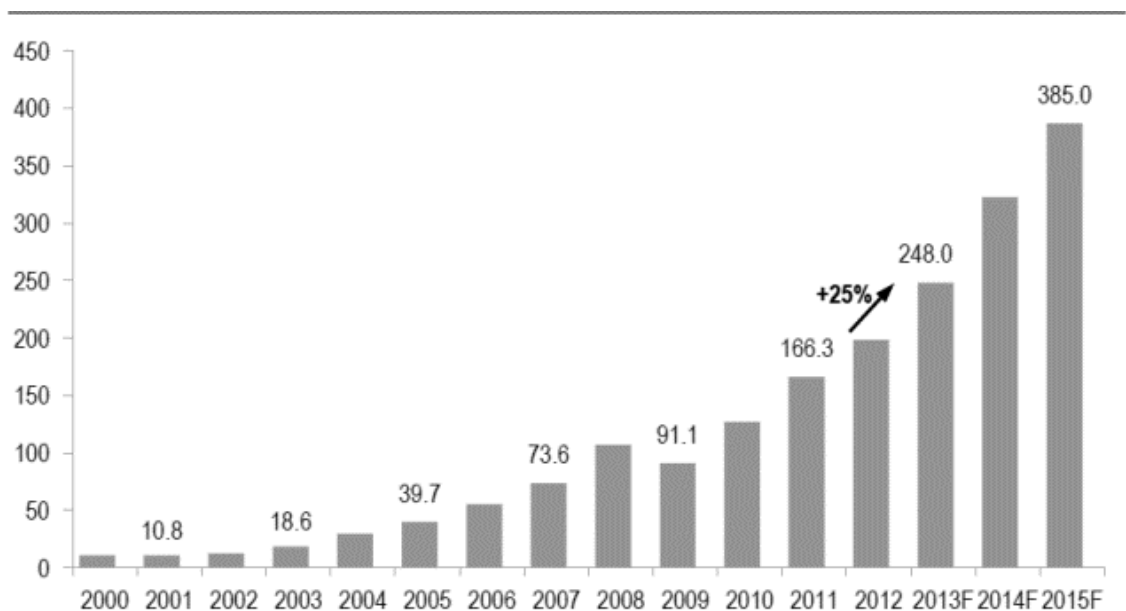


Ilustración 1: Volumen de comercio entre China y África en miles de millones de dólares. (Fuentes: Simone Foxman, MOFCOM, Standard Chartered Research)

La creciente presencia de China en África se ha caracterizado no por consideraciones ideológicas, sino por un singular enfoque en la adquisición de recursos y por el oportunismo comercial. China es uno de los mayores socios

comerciales del continente, con un volumen de intercambios de 198 mil millones de dólares en 2012, que empequeñece los 108 mil millones de dólares que Estados Unidos comerció con África en ese mismo período (Singer, 2013). Mientras que hace una década había poca evidencia de China en África, hoy en día hay cientos de grandes empresas chinas, reforzadas por decenas de miles de trabajadores y comerciantes chinos (Alden, 2005: 61). En el centro de la rápida entrada de China a los mercados africanos está su promoción deliberada de una política exterior sin condiciones políticas que, cuando se combina con la voluntad china de proporcionar ayuda y préstamos atractivos, resulta ser tremendamente atractiva para los líderes africanos. El surgimiento de China como un actor clave en África, el impacto de su presencia y sus desafíos a la tradicional preeminencia occidental en las economías africanas todos forman componentes críticos de esta nueva relación dinámica (Givens, 2011: 11).

Esta incursión en las economías africanas viene acompañada de una considerable fuerza de seguridad dispuesta a defender los intereses de los conglomerados privados y estatales chinos en África (Rotberg 2009: 126). Este proceder resulta entendible si se tiene en cuenta que si China hubiese anunciado que planeaba enviar un número significativo de soldados, por ejemplo, a Sudán para ayudar con la seguridad y la construcción, tendría que haber sometido su iniciativa a diálogo en Naciones Unidas. Sin embargo, múltiples reportes anuncian de fuerzas privadas de seguridad chinas que trabajan para las empresas chinas y se cuentan en decenas de miles de efectivos. De hecho, China cuenta con múltiples divisiones de avanzada desplegadas en África, compuestas de miembros de éstas compañías. A pesar de que dichas compañías ni sus miembros sean parte oficial del gobierno chino, su presencia pone claramente a China en condiciones de imponer condiciones y resolver disputas entre sus compañías de seguridad y sus respectivos clientes estatales. Mediante el uso creativo de los CMPs, las negociaciones entre los Estados-nación se han movido fuera del sistema internacional. Los gobernantes varios Estados africanos encuentran a los CMPs chinas particularmente atractivas,

ya que obtienen sus servicios sin ninguna presión en materia de derechos humanos o de reformas gubernamentales, como es el caso de la asistencia condicionada de Estados Unidos o Europa (Taylor, 2006: 953).

Así, los gobiernos de estas zonas, ricas en recursos naturales –y zonas conflictivas– pueden emplear los CMPs para tomarlas y controlarlas, sin el compromiso político de ocuparse de otras regiones inestables. Podemos estar viendo los primeros signos de este accionar en África aplicado sistemáticamente: Sudán ha contratado a empresas chinas para proporcionar seguridad a sus instalaciones petroleras. Estas empresas no sólo ofrecen seguridad, armas, y entrenamiento a los locales; no tienen comentario alguno sobre cómo Sudán conduce sus asuntos internos (Rotberg, 2009: 126). Del mismo modo, Chad puede haber entrado en conversaciones con CMPs chinas en busca de sus servicios (Alden, 2005: 21), eludiendo la presión occidental de que un porcentaje de los ingresos del petróleo se destine a inversiones benéficas para la población general.

A través del uso de compañías militares privadas, una pequeña minoría puede controlar un país. Cuando una minoría ha tomado el control de un gobierno, requiere de una fuerza de seguridad eficaz para mantenerse en el poder. En el caso de la mayoría de los regímenes democráticos, un gobierno debe atender a las necesidades de las mayorías si busca mantenerse en el poder. Pero si se contrata a un CMP eficiente, un gobernante ya no tendrá que lidiar con las mayorías para mantenerse el poder, pudiendo confiar en la seguridad contratada. En el peor de los casos el CMP se centraría en la protección de los centros de generación de riqueza del país, sin ninguna razón para molestarse con las regiones más pobres y abandonándolas a merced de la pobreza y la anarquía (Taylor, 2007: 124).

Hasta la fecha, los medios de comunicación occidentales y sus gobiernos se han centrado en las operaciones de los CMPs occidentales. Sin embargo, el verdadero potencial de proporcionar ejércitos privados grandes, bien entrenados y bien armados recae en China y otros países donde la mano de obra barata sea el principal estímulo para conformar vastas fuerzas armadas privadas.

1.2.3. VENTAJA COMPARATIVA

El mercado de la seguridad privada global es una cada vez más competitivo, sin embargo, ¿por qué una empresa china operando en África consideraría contratar una firma china sin un registro probado de experiencia previa como Shandong Huawei en lugar de un proveedor reconocido de servicios de seguridad como Academi, Control Risks o G4S?

Una respuesta considera una de las clásicas ventaja chinas: el precio. El costo por hombre para una CMP China va desde 3500 a 5500 RMB por mes (561 a 882 dólares). Estos precios resultan sumamente atractivos cuando se considera que una CMP establecida como Blackwater cobraba alrededor de \$815 dólares diarios por hombre en 2007 durante la ocupación estadounidense de Irak. Las empresas chinas probablemente mantendrán su ventaja de costos, incluso si aumenta la demanda de personal militar especializado y experimentado en China y con ella sus salarios (Erickson & Collins, 2012).

Si bien no se puede decir que empresas como Shandong Huawei son versiones chinas de Academi, su personal con toda seguridad es muy competente. Dado que el personal que es desplegado en las zonas de conflicto es seleccionado de ex miembros de unidades élite de la policía, ejército y agrupaciones antiterroristas, el nivel de seguridad que pueden proporcionar probablemente es mucho mayor que el que pudieran proporcionar guardias locales, y más cerca del nivel de calidad que se esperaría de una empresa de seguridad occidental.

La fiabilidad es otro punto de venta para una empresa como Shandong Huawei a los ojos de las empresas chinas. El historial de las fuerzas locales que protegen a los trabajadores chinos en proyectos en el extranjero no es especialmente bueno. Por lo menos 43 ciudadanos chinos han muerto desde 2004 en ataques violentos fuera de China, en lugares como Sudán, donde se supone que las fuerzas locales

protegen a los trabajadores extranjeros. Con fuerzas locales a menudo poco fiables e influenciadas por política local y tensiones tribales, usar un servicio de protección de confianza –y de la propia nación– tiene un gran atractivo. El lenguaje común y la familiaridad cultural de una CMP china probablemente serán reconfortantes para los administradores de la compañía, ya que facilitaría enormemente la comunicación, sobre todo en caso de emergencia (Erickson & Collins, 2012).

1.3. PLANTEAMIENTO Y DELIMITACIÓN DEL PROBLEMA

África ha sufrido una larga historia de abusos por parte de actores extracontinentales enteramente interesados en la defensa de sus propios intereses y por encima de aquellos del continente, e incluso tras la descolonización que se dio tras el final de la segunda guerra mundial, se mantuvo el patrón de incursión de actores externos con agendas propias y sin ningún interés por ayudar al continente a resolver sus muchos problemas. Esta situación, exacerbada por el accionar de grupos armados con fines de lucro sólo perpetuó el ciclo de violencia, corrupción e inestabilidad política que ha retrasado el desarrollo del continente. Sin embargo China, como nuevo actor de primer nivel en el sistema internacional, ha emprendido una campaña diplomática y comercial con el fin de apuntalar su influencia a nivel mundial, y ha establecido vínculos especiales con África, con la cual ha establecido una relación de mutuo beneficio, sustantivamente diferente a todos los acercamientos que el continente haya tenido con otras potencias en el pasado, pero sin dejar de lado sus propios intereses estratégicos, en particular el contar con un suministro de energía estable. Como parte de estos acercamientos con África, China ha hecho considerables inversiones en infraestructura al tiempo que ha desplegado instalaciones industriales para la extracción de petróleo, un elemento vital para sus intereses estratégicos a mediano y largo plazo. Esta dinámica entre la potencia emergente y el continente olvidado genera nuevas relaciones de cooperación, intereses unilaterales y compartidos, así como

oportunidades y desafíos en el campo de la seguridad, que tratarán de abordarse en este documento.

1.4. OBJETIVO GENERAL

Identificar en qué medida difiere la relación sino-africana de otras que el continente haya tenido con otros actores extracontinentales, tanto en el campo diplomático y comercial, como en el de seguridad, haciendo especial énfasis en el accionar de los grupos de seguridad privada encargados de defender los intereses de China en el continente.

1.5. HIPÓTESIS

Hipótesis 1: China, pese a su estatus de gran potencia, no plantea una relación de dominación hacia el continente africano y, pese a priorizar su interés estratégico de proyectar su poder e influencia, fundamenta su interacción con África en la promoción de intereses mutuos y benéficos para ambas partes,

Hipótesis 2: Los contratistas militares privados reflejan en mayor o menor grado elementos de la política exterior de los países de los que provienen, pese a ser organismos particulares con fines de lucro.

1.6. JUSTIFICACIÓN

Las relaciones de China con África no son nuevas. Durante la guerra fría, China apoyó ideológicamente al continente con el fin de mantener su carácter de no alineación con ninguna de las superpotencias de la época. Tras el fin de la guerra fría, China dio un giro pragmático en busca de promover el comercio y la inversión, identificando correctamente que esta era la clave para su futuro ascenso a la escena global. De muchas formas, la interacción de China con el continente africano ha

demostrado un tipo diferente de interacción no intervencionista, que le ha permitido rodearse de aliados relativamente libres de presiones políticas en la región. Por otra parte la historia de África es una historia de Estados débiles y problemas de seguridad intra e interestatales, donde numerosas organizaciones armadas que ofertan sus servicios al mejor postor han dejado su huella en la historia de la región y hasta cierto punto han contribuido a perpetuar los problemas que mantienen a África a la saga del desarrollo mundial. Estudiar la forma en que China y África interactúan en la actualidad, así como los desafíos a la seguridad que dicha interacción supone, nos permitirá entender más a fondo elementos clave de la política exterior china, para entender de qué formas puede verse afectada nuestra futura relación con este país, a medida que nuestros lazos mutuos se hagan aún más fuertes.

2. MARCO TEÓRICO Y METODOLOGICO

El problema abordado por presente trabajo comprende la interacción de tres núcleos temáticos:

- África, rica en recursos y afligida por las consecuencias de su pasado colonial y varias generaciones de inestabilidad política y crisis social.
- China, posible superpotencia en ascenso, fuertemente dependiente de recursos naturales disponibles en otras regiones para apuntalar su crecimiento y garantizar su estabilidad interna.
- Contratistas militares privados, esquemas corporativos y organizados de combatientes con complejos vínculos políticos e intereses económicos.

Para analizar estos tres núcleos temáticos, y la forma en que interactúan entre sí, se adoptará la teoría liberal de las relaciones internacionales, como fuera descrita originalmente por Robert Keohane and Joseph Nye en *Poder e interdependencia: la política mundial en transición*. Sin embargo, y con el fin de enriquecer el estudio de las temáticas, otros enfoques teóricos serán empleados para identificar los contrastes con el Liberalismo.

2.1. OBJETIVOS ESPECIFICOS

- Discutir las características de los CMPs y cómo difieren de la actividad mercenaria tradicional, examinando y evaluando la legislación existente.
- Evaluar las consecuencias que el empleo sistemático de CMP tiene sobre la comunidad internacional, en la medida en que facilita la ejecución de actividades neocolonialistas en regiones empobrecidas sin el impacto político internacional que se tendría en caso de usar tropas convencionales.

2.2. METODOLOGÍA

El estudio de las compañías militares privadas se ve restringida por la reducida cantidad de información empírica que disponible. Existe un cierto nivel de secreto alrededor de la industria, especialmente con respecto a las condiciones específicas de los contratos, vínculos comerciales y concesiones mineras o de otros recursos, cuando éstas existen. Algunos de los detalles de que se dispone acerca de las actividades de los CMPs es fruto de especulación por parte de comentaristas y observadores, y no puede ser confirmada.

La naturaleza éste trabajo por lo tanto, limita considerablemente la posibilidad de efectuar entrevistar para obtener información relevante. El estudio se basa, por lo tanto, en el trabajo de observadores y académicos con el fin de extraer sus conclusiones. Se consultarán las leyes pertinentes para analizar su aplicabilidad a los CMPs. Los incidentes donde las PMC se involucran directamente en conflictos o han tenido un efecto en sus resultados son limitados, así como los reportes de estas organizaciones estando involucradas activamente en labores de combate. Pese a que Angola y Sudán son únicos en sus experiencias, se hace difícil hacer generalizaciones sobre el comportamiento de las PMC. Sin embargo, este estudio pretende ser explicativo y descriptivo. La estrategia de investigación es de carácter cualitativo e inductivo, ya que hay ejemplos limitados en que PMC chinas hayan tenido un impacto significativo en el resultado de los conflictos internos de éstos países.

3. EL INTERÉS DE CHINA EN AFRICA

3.1. ANALISIS DE LA POLITICA EXTERIOR CHINA

El 12 de enero de 2006, el gobierno chino promulgó su política exterior para África. El objetivo de dicha política es promover la profundización de las relaciones entre China y África a largo plazo y diversificar la cooperación entre las partes. La publicación del documento demuestra el creciente interés de China en África y el papel del continente en el crecimiento económico de China hacia el futuro. De hecho, las relaciones productivas son de vital importancia tanto para China y África (Taylor, 2007: 2).

La política de China en África guarda una estrecha relación con la política exterior general de China, que se guía por los llamados Cinco Principios de Coexistencia Pacífica (Taylor, 2007: 18), que establecen directrices para la cooperación futura en las áreas de política, economía, intercambio cultural y de seguridad, que pueden resumirse así:

- Cooperación Política: China busca fomentar el diálogo y el intercambio con los gobiernos africanos a través de los órganos ejecutivos nacionales y sus órganos legislativos así como a través de órganos regionales, apoyando de paso los mecanismos internacionales para incrementar la cooperación, tales como Naciones Unidas.
- Cooperación Económica: China proporciona un esquema de comercio con aranceles bajos o nulos a las exportaciones de los países africanos menos desarrollados, sin que se requiera una definición previa de los artículos cobijados por tales medidas, y en general facilita el acceso de los productos africanos al mercado chino. En apoyo a las inversiones extranjeras en el continente, China proporciona préstamos preferenciales y créditos para

alentar a las empresas chinas a invertir en África. Por otra parte, China amplía su cooperación económica con África, especialmente en los servicios financieros, agroindustria, infraestructura, turismo y en los sectores basados en materias primas (petróleo y gas, productos mineros, etc.). China también busca ayudar a saldar o reducir la deuda de algunos países africanos, tanto con China como con otros organismos internacionales de crédito y banca multilateral.

- Cooperación en materia de seguridad: China fortalece la cooperación militar con el continente a través de los intercambios tecnológicos y ejercicios de entrenamiento. Además, China trabaja estrechamente con los países africanos para combatir la delincuencia organizada transnacional y la corrupción, e intensifica la cooperación en asuntos relativos a la asistencia judicial y la extradición y la repatriación de presuntos delincuentes

Ha sido de esperar que las naciones africanas busquen socios alternativos en materia de desarrollo, dirigiendo su mirada a economías emergentes como China, India y Brasil (Tull, 200: 460), dadas las asociaciones negativas que tiene la región en cuanto a la asociación con potencias occidentales en las últimas décadas. Los africanos creen que las relaciones tradicionales y las alianzas con Occidente no han ayudado a África a superar los obstáculos estructurales para erradicar la pobreza y revertir su marginación económica.

Ciertamente, existe un acuerdo general de que China está llevando a cabo sus relaciones económicas con África de diferente manera a los países occidentales. La exigencia de gobernanza transparente y de respeto a los derechos humanos que funcionan a la perfección con el discurso neoliberal sobre el desarrollo económico se oponen al no intervencionismo en el caso de la política de desarrollo de China. La relativa falta de condicionalidad de los préstamos chinos para las naciones de África (especialmente a Estados parias como Zimbabwe, con indicadores deplorables de corrupción y abuso a los derechos humanos) ha generado muchas

críticas de los gobiernos occidentales (Taylor, 2007: 125). China ha sido criticada en Estados Unidos y Europa por socavar los esfuerzos de Occidente para apoyar la transparencia y la rendición de cuentas en África al carecer de un estándar ético mínimo en sus negocios con el continente. La réplica habitual a esta crítica, es hacer hincapié en la hipocresía de las potencias occidentales que predicán a las demás naciones el discurso sobre buenas prácticas en relación con la cooperación para el desarrollo, en contraste con el limitado éxito que dichas políticas y programas de inversión y asistencia han tenido en algunos países a través de los años (Holslag, 2006: 165-167).

Tanto China como los países desarrollados de Occidente comparten intereses de seguridad económica con respecto a sus relaciones con África, y China está, en muchos aspectos, simplemente siguiendo los mismos pasos dados por otras economías industriales avanzadas. Esto ha llevado a muchos, especialmente en África, a afirmar que simplemente estamos presenciando el resurgimiento del gran juego de la geopolítica imperial en el continente, un nuevo “reparto de África”, y que la ansiedad occidental está basada en última instancia, en que China plantea un desafío al poder hegemónico occidental y su influencia en África (Harneit-Sievers et al, 2010: 200-202). Por otra parte, los Estados africanos han rechazado en gran parte el Consenso de Washington sobre la política económica y la gobernanza, en particular en relación con las estrategias neoliberales del pasado impulsadas insistentemente por las instituciones económicas multilaterales de Occidente.

Entonces, ¿qué puede ofrecer China? El Gobierno chino tiene una gran capacidad para formular políticas estratégicas, dados sus impresionantes recursos tecnocráticos y la continuidad de su sistema de gobierno unipartidista. Por lo tanto, tiene una mayor capacidad de poner en marcha planes a largo plazo que la mayoría de los países democráticos liberales, con su renovación gubernamental periódica, no consiguen consolidar, lo que hace a China aún más atractiva para los gobiernos africanos. El emergente Consenso de Pekín se basa en la defensa de los derechos

y valores de la soberanía nacional, la promoción del diálogo multilateral y soluciones para resolver los problemas a nivel regional y global, y asegurar el “ascenso pacífico” del país en el sistema internacional. El ascenso de China es un fenómeno relativamente reciente, y puede tomar algún tiempo antes de que se puedan identificar con claridad las características ideológicas del enfoque que China asume frente a la política económica exterior y otros asuntos vinculados al desarrollo y la asistencia. (Alden, 2005: 102-104)

Ha habido una tendencia a equiparar a China exclusivamente con las acciones y las políticas de su gobierno central, sin embargo, hay una amplia gama de actores relevantes en la política y economía del país, que compiten con los intereses nacionales, con consecuencias reales en África. Fricciones al interior del gobierno también han surgido dentro del aparato estatal chino como consecuencia de disputas por intereses económicos y estratégicos. Sin embargo, en comparación con Estados involucrados en el desarrollo de África, el enfoque del Estado chino frente al desarrollo para el continente demuestra una relativa coherencia de propósito y coordinación interinstitucional.

En muchos aspectos las relaciones de China con África serán vistas como una importante prueba para la política exterior del gigante asiático en los albores del siglo 21. África es vista como parte integral de la ambición estratégica de Pekín por construir un nuevo concepto de seguridad que pueda asegurar el ascenso pacífico de China como potencia mundial y para fortalecer las relaciones con los vecinos y regiones clave. Con toda seguridad, China evitará que sus acciones en África sean etiquetadas como neo-imperialistas, y evitando repetir los errores del pasado cometidos por las potencias occidentales (Guerrero & Manji, 2008: 1-5). La criticada iniciativa china para proporcionar asistencia económica y de otro tipo a Estados parias como Zimbabwe, que ayuda a perpetuar la corrupción y a debilitar aún más el respeto a los derechos humanos en determinados países africanos, refleja la iniciativa del gobierno de separar las actividades económicas y comerciales de la

política. De hecho, China no se considera en posición de tomar partido sobre los asuntos internos de los países africanos y considera que la Unión Africana se encuentra mejor calificada para hacerlo. Sin embargo, tales argumentos revelan la predilección china por favorecer el interés nacional, y en particular los intereses del gobierno nacional de turno (sobre todo si hay numerosos intereses mutuos entre las partes), por encima de los intereses de la comunidad internacional. Esto implica que para Pekín no existe un gobierno nacional (independientemente de su record de transparencia o de respeto a los derechos humanos) con el que no esté dispuesto a hacer negocios, y por lo tanto puede legitimar a regímenes que perjudican tanto a su propio pueblo como a la comunidad internacional en general (Taylor, 2006: 123-125).

Se podría argumentar que China interfiere en los intereses de la comunidad internacional por eludir muchas de sus responsabilidades sociales y políticas en el continente africano. Visto así, el comercio no debería ser tan fácilmente discernible de los ámbitos ambientales, sociales, y políticos en los que existe y a los que también afecta, y hay una necesidad de un enfoque diplomático más integral en este respecto, donde se consideren las consecuencias globales de la cooperación. Sin embargo, hay indicios de que China podría estar dando pasos en la dirección correcta, constituyendo fondos de inversión para ayudar a mejorar la infraestructura de África, en forma de mejores escuelas, vías y hospitales, pero las cuestiones espinosas de asistir a los gobiernos de la región de formas socialmente benéficas permanecen sin solución. Un problema clave es que la historia occidental de interferencia en los asuntos internos de los Estados africanos ha tenido efectos tan negativos, que enfoques alternativos perfectamente válidos y viables para cooperar con los Estados africanos son difíciles de poner en práctica y no hay, por tanto, historias de modelos eficientes o prácticas con una trayectoria de éxito para ayudar a guiar a los nuevos socios del desarrollo de África, como China (Brautigam 2009: 77-81).

Aunque los gobiernos occidentales y los organismos multilaterales han aprendido muchas lecciones de sus relaciones con África, y han adaptado sus políticas en consecuencia, es demasiado pronto para evaluar o apreciar efectos benéficos en el corto o mediano plazo, de la forma en que iniciativas como el Plan Marshall, aplicado en la Europa de la postguerra, mostró frutos benéficos tras décadas de compromiso y trabajo conjunto entre las naciones occidentales. Podría decirse, tras una evaluación de la historia reciente, que el camino que el continente africano debe recorrer para alcanzar un desarrollo sostenible, y viable política y socialmente, es un sendero sumamente estrecho que existe entre los abismos del abandono internacional por un lado, y la injerencia excesiva de actores extracontinentales que no entienden las realidades de la región, en el otro lado. Lo que se requiere en última instancia, entre los socios extranjeros del continente, es una cooperación inteligente que fortalezca las capacidades de desarrollo con las que África ya cuenta (mano de obra disponible, vastos recursos naturales, flexibilidad gubernamental), y frente a las cuales China puede aportar ampliamente, dada su experiencia de desarrollo propia, que la llevó de ser una nación agrícola y empobrecida, a ser uno de los pilares de la economía mundial y una posible superpotencia en el futuro cercano.

3.2. POLITICA ENERGETICA CHINA

Para los gobiernos, la energía es un recurso fuertemente vinculado al poder, fundamental para construir, fortalecer y proyectar el poder económico y militar, y por lo tanto vital para la seguridad nacional. La importancia de la energía como un componente del comercio exterior es, entonces, mucho mayor que su valor nominal. Así, los líderes políticos consideran al petróleo, la principal fuente energética del planeta, en una categoría diferente a cualquier otro producto, independientemente de su valor agregado, y es demasiado importante para dejarlo a merced de las fuerzas del mercado (Shi, 2007).

Se ha prestado considerable atención al vínculo entre la interdependencia económica y el conflicto. Desde el Liberalismo, se ha argumentado que una mayor interdependencia económica modera las perspectivas de conflicto (Keohane & Nye, 1988: 23-25), mientras que el Realismo sostiene que las relaciones económicas exacerban los conflictos como fruto de la mayor vulnerabilidad de los Estados en el entorno anárquico del sistema internacional. La dependencia del petróleo aumenta la incertidumbre, y la historia cuenta con numerosos ejemplos de naciones que han hecho grandes esfuerzos, incluida la guerra, para asegurar el suministro de petróleo presente o futuro. Si una gran potencia está empleando estrategias de cooperación en lugar de usar medios militares para garantizar el suministro de energía, dicha iniciativa tiene importantes implicaciones teóricas y políticas (Van Der Hoeven, 2013). La vulnerabilidad de los Estados consumidores de petróleo es una variable dependiente de la existencia de alternativas energéticas disponible a nivel nacional o en el entorno internacional. Los Estados consumidores pueden reducir su dependencia del petróleo a través de diversas estrategias, dejando la violencia como el último recurso. A nivel nacional, los Estados pueden ofrecer incentivos para la exploración y para promover la eficiencia de la producción, asumiendo que existen suficientes reservas, para que valga la pena hacer las enormes inversiones de capital requeridas en todas las fases del ciclo del petróleo (Shi, 2007). Los gobiernos también pueden adoptar políticas de conservación para reducir el consumo del mismo, lo que modera la dependencia, y por ende limita la vulnerabilidad. Adicionalmente, dicha dependencia se puede mitigar por medio del aprovechamiento de otras fuentes energéticas, como otros hidrocarburos, energía nuclear o energías renovables siempre que sea posible. Por último, los Estados pueden establecer reservas estratégicas para amortiguar el impacto de las interrupciones en el suministro o para prevenir fluctuaciones severas en los precios. A nivel internacional, los países consumidores pueden mejorar su seguridad energética al obtener su petróleo del mayor número posible de proveedores. Igualmente, pueden afiliarse a organizaciones multilaterales con el fin de negociar más eficazmente con los grandes productores (Downs, 2013). Adicionalmente, los

Estados pueden establecer sus propias compañías petroleras para adquirir derechos de explotación en el extranjero, controlando los precios desde la etapa de producción (Van Der Hoeven, 2013).

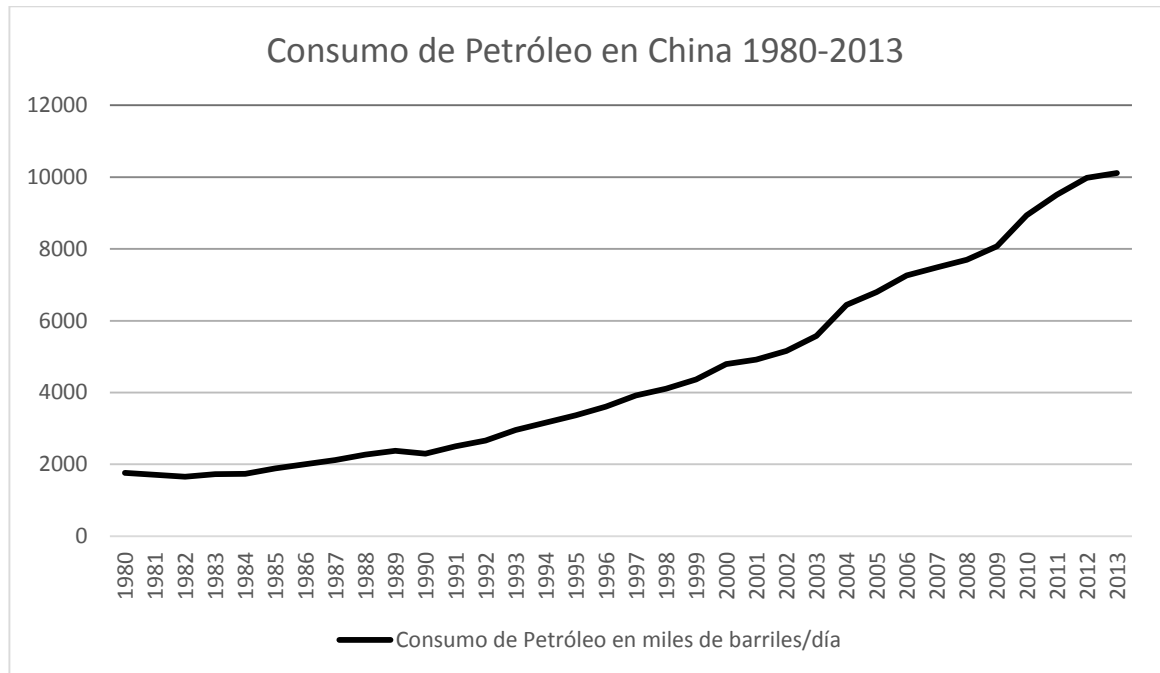
Los grandes estados, militarmente poderosos, sin embargo, tienen más opciones. En primer lugar, los grandes países consumidores como China o los EE.UU. tienen más probabilidades de contar con una o más compañías energéticas de primer nivel. Incluso en las democracias liberales y capitalistas, como los Estados Unidos, los intereses de estas empresas y del gobierno tienen muchos puntos de confluencia (Downs, 2013). Mediante la importación y distribución de grandes volúmenes de petróleo extranjero, preferentemente a precios bastante consistentes, las compañías energéticas ganan enormes beneficios y preservan la cuota de mercado. Los líderes políticos tienen como objetivo principal el promover un crecimiento económico saludable y bajo control, dos factores vinculados a un flujo de petróleo estable (Shi, 2007). Las compañías petroleras, por esta razón, se convierten en un componente integral de la política energética estatal en una relación corporativista.

Esta relación es bastante diferente a la postulada en un modelo pluralista, donde las grandes y poderosas corporaciones presionan al gobierno. La mayoría de los Estados grandes también tienen fuerzas militares relativamente poderosas, que pueden ser utilizadas para proteger las rutas de suministro en tiempos de crisis, ya sea por sí mismos o más probablemente, en conjunto con otras grandes potencias consumidoras (Downs, 2013).

3.2.1. CHINA Y LA DEPENDENCIA DEL PETROLEO

China ha llegado a ser vista como una gran potencia tras la constante expansión de su economía y su aparato productivo, que conllevan un crecimiento en sus necesidades energéticas. Este creciente afán de energía para impulsar la

transformación productiva y de infraestructura chinas, tiene unos elevados requerimientos energéticos que condicionan y le dan forma a su política exterior.



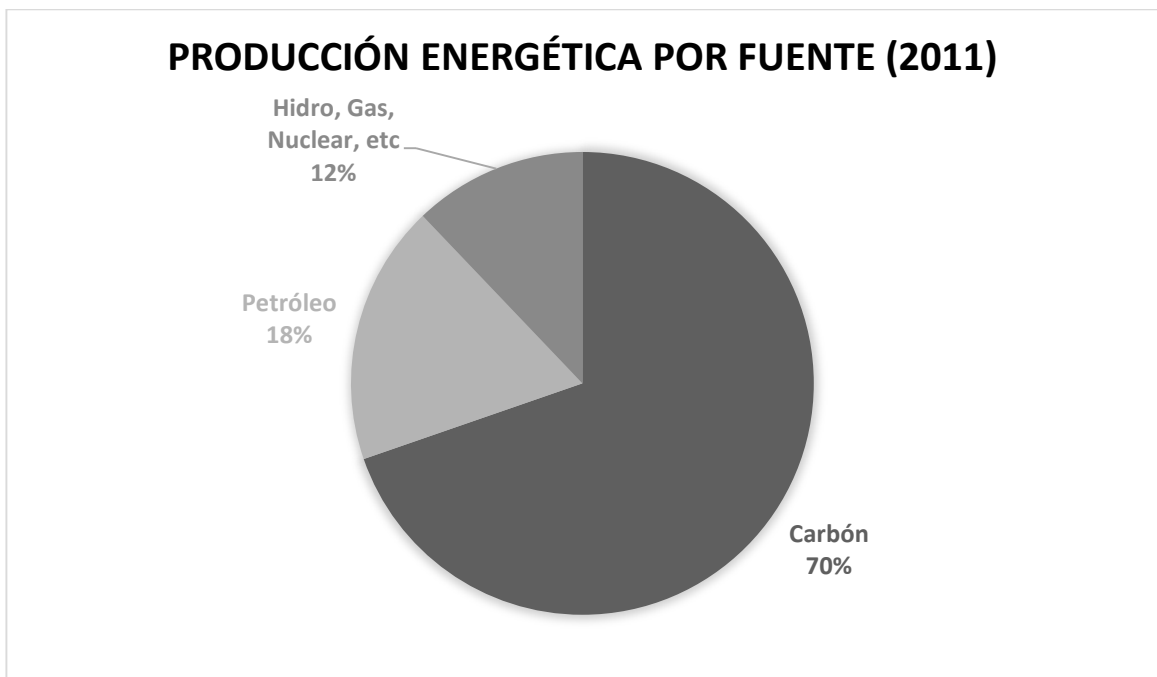
Fuente: United States Energy Administration

Pekín está promoviendo la exploración de nuevos yacimientos de petróleo y de gas dentro de la República Popular China, pero los especialistas están de acuerdo en que el crudo importado constituirá una parte cada vez mayor del consumo energético del país (Downs, 2013). Aunque las necesidades energéticas de China pueden aumentar las posibilidades de competencia y conflicto con otras naciones importadoras de petróleo, como Estados Unidos y Japón, la vulnerabilidad de China como importador de energía podría conducir hacia una mayor cooperación e integración en las instituciones multilaterales.

3.2.2. BALANCE ENERGETICO DE CHINA

La estrategia petrolera de China para el siglo 21 se basa en la diversificación de las importaciones de petróleo (Van Der Hoeven, 2013), la cooperación en actividades

de búsqueda y extracción con otros países, el establecimiento de una reserva nacional de petróleo, la promoción de un uso eficiente de los combustibles fósiles, entre otras medidas que buscan estabilizar precios y garantizar un suministro estable aún en tiempos de crisis. Con cada vez más frecuencia, las publicaciones chinas están tratando la estabilidad energética como un componente vital de la seguridad nacional. China ocupa el tercer puesto en cuanto a reservas de carbón, y actualmente consume más carbón del que produce (Shi, 2007 y Koch, 2014). El lignito rico en azufre, que es la forma predominante de carbón en China, es fuertemente contaminante, y su uso con fines energéticos ha generado grandes problemas de contaminación ambiental en varias de las principales ciudades del país, que se encuentran entre las más contaminadas del mundo, especialmente en por sus altos niveles de dióxido de azufre y material particulado (Downs, 2013).



Fuente: United States Energy Administration

La iniciativa china de reducir el uso del carbón para mitigar el grave problema ambiental que afecta a sus ciudades promete aumentar de manera espectacular el consumo de petróleo y gas en el futuro, junto con la construcción de nuevos

proyectos de energía nuclear y renovable. Sin embargo, los yacimientos chinos de petróleo y gas son muy limitados. Los campos activos han bajado considerablemente su producción, mientras que los campos recién descubiertos están alejados de los centros de población y son relativamente pequeños y costosos de desarrollar (Downs, 2013). En consecuencia las compañías petroleras de China se han embarcado en una agresiva campaña para asegurar su acceso a yacimientos de petróleo y gas en todo el mundo. En los últimos años, entre el 50 y el 60 por ciento de las importaciones de petróleo de China han venido de los Estados del Golfo Pérsico, lo que hace que la volátil región sea de vital importancia para China. Además de ser demasiado dependiente de una región, China no tiene reservas estratégicas de petróleo, y es vulnerable a las fluctuaciones de los precios y de suministro. Al igual que Estados Unidos, China está tratando de reducir su dependencia del petróleo del Medio Oriente, pero por diferentes razones. Mientras que para Estados Unidos resulta políticamente costoso depender del petróleo de regímenes que han mantenido al Oriente Medio sumido en una crisis política y armada durante décadas, y que han mantenido al país inmerso en costosas guerras durante las últimas décadas en ésta región, para China la dominación estratégica del Medio Oriente por cuenta de Estados Unidos constituye una vulnerabilidad adicional, porque su acceso al éste petróleo termina siendo una actividad en la que Estados Unidos se involucra directa o indirectamente. La vulnerable situación energética de China explica muy bien los frecuentes llamados de Pekín en pos de un orden mundial multipolar. Aunque China está tratando de mejorar su seguridad energética a través una mayor producción nacional, China simplemente no cuenta con las reservas de petróleo para satisfacer la creciente demanda. La creciente dependencia de en las importaciones de petróleo ha empujado a China a asumir el papel de actor de primer nivel en los mercados mundiales del petróleo (Shi, 2007).

En resumen, la estrategia energética de China busca disminuir la proporción de carbón en el balance de energía, el aumento de la participación del petróleo y el gas natural, y el desarrollo de la energía nuclear e hidroeléctrica para hacer frente a

frecuentes escasez de electricidad provocada por el rápido crecimiento económico. Como una de las vías de fortalecimiento de la economía, y de la mano con la explosión en la industria de la construcción, el gobierno chino ha estimulado la compra de vehículos por parte de sus ciudadanos cada vez más afluentes, lo que estimula la industria y reduce el desempleo en las ciudades. Esta ha resultado ser una arriesgada apuesta del gobierno chino que busca evitar crisis productivas y económicas como la que sufrió Asia en 1997, lo que sólo ha logrado exacerbar la ya elevada demanda de petróleo (Shi, 2007). La exploración y producción internas son una prioridad, pero las reservas limitadas de hidrocarburos en China la están haciendo cada vez más dependiente de las importaciones. Estas necesidades energéticas han integrado a China en la economía global y para hacer frente a su demanda de energía, las compañías de petróleo y gas se han asociado con gobiernos extranjeros por vías diplomáticas y otras menos transparentes como será expuesto más adelante.

3.2.3. ENERGIA Y DIPLOMACIA

Los suministros limitados de petróleo y gas natural de China han desempeñado un papel importante en la ampliación de los intereses de este país más allá de Asia. Las compañías petroleras chinas, apoyadas por el gobierno, han ejecutado una estrategia de adquisición de campos petroleros y de gas en todo el mundo, en un intento de asegurar un suministro estable. La política exterior de China se ha centrado en el desarrollo de relaciones bilaterales con diversos países productores de petróleo, con el fin de diversificar sus fuentes y hacerse más resistentes a las crisis (Shi, 2007). Por supuesto, Pekín está compitiendo con los Estados Unidos y otros importadores de energía por estos recursos finitos. Por otra parte, en su búsqueda de seguridad energética, China choca frecuentemente con los intereses de la comunidad internacional, al cortejar a países ricos en petróleo pero considerados parias por Washington. La creciente interdependencia debería motivar a los líderes chinos, como lo predice la teoría Liberal de las relaciones

internacionales, a evitar el uso de la fuerza y favorecer la diplomacia, las fuerzas de mercado, y la participación en las organizaciones internacionales, dado el costo innecesario del uso de la violencia (Keohane & Nye ,1988: 43-45). La perspectiva Realista pondría un mayor énfasis en cómo la creciente dependencia energética de China genera inseguridades y vulnerabilidades que justificarían, por ejemplo, el desarrollo de fuerzas militares capaces de defender las vías marítimas vitales para el comercio y el transporte de hidrocarburos, como el Mar del Sur de China, a través del cual transita el 80 por ciento de las importaciones de petróleo hacia el país (Shi, 2007). Otra alternativa que apoyaría el enfoque realista incluye una disposición clara para intervenir militarmente en los países productores de petróleo, que se podría empezar a vislumbrar en la creciente asertividad china en cuanto a sus reclamaciones territoriales en sus regiones marítimas adyacentes (Xu, 2014). Sin embargo, la reticencia que China ha demostrado en cuanto a desplegar tropas a regiones problemáticas pero ricas en petróleo, como sí lo ha hecho Estados Unidos, puede ser un cálculo racional en torno a la mayor rentabilidad de los medios no militares. La evidencia de las actividades chinas en todo el mundo sugiere que Pekín está utilizando toda su fuerza política, diplomática y económica para garantizar su suministro de energía a largo plazo por cuenta de una amplia gama de fuentes.

3.2.4. CHINA Y EL HEMISFERIO SUR

Con el Medio Oriente en caos, y los oleoductos rusos en entredicho, las empresas chinas han buscado cada vez más oportunidades de hacer negocios con Estados productores de petróleo del Hemisferio Sur en África y América Latina. La proporción del crudo importado desde África ha aumentado hasta ser el origen de la tercera parte de todo el petróleo importado por China, con casi un millón y medio de barriles diarios. Aunque ésta estrecha relación comercial fue impulsada por la creciente demanda petrolera china, el interés en África nació durante la Guerra Fría, durante la cual China representaba una alternativa a la rivalidad entre Estados Unidos y la Unión Soviética, las superpotencias de la época (Shi, 2007). En ese

entonces, la competencia fue por influencia ideológica, promovida a través de proyectos como el ferrocarril Tanzania-Zambia y trabajos de cooperación con Mozambique, entre otros emprendimientos, en los que China se presentó como defensora de los Estados más pobres del Tercer Mundo. Este enfoque ideológico declinó después de que Deng Xiaopong aplicara una serie de reformas pragmáticas para dinamizar la economía nacional, al punto que la política china hacia el continente africano ahora está impulsada más por una mezcla de intereses políticos y económicos. La cara política de la actual relación de China con África es una respuesta a los esfuerzos de Pekín para difundir generosidad a cambio del reconocimiento diplomático de las naciones más pequeñas en el continente. La búsqueda de nuevos suministros energéticos también es responsable de la naturaleza actual de dicha política. En la última década, China ha proporcionado cerca de 75 mil millones de dólares en asistencia para el desarrollo a los países africanos (Provost & Harris, 2009). China asiste a los Estados exportadores de África proporcionando inversión directa y tecnología. A su vez, China recibe petróleo y otras materias primas, que de paso le otorgan una presencia más visible en el continente. Los Estados productores de petróleo africanos tienen tecnologías de extracción y refinación relativamente atrasadas y necesitan la inversión extranjera para modernizar sus instalaciones. En algunos casos, como en Sudán, las sanciones y las presiones que Estados Unidos ha impuesto por las violaciones sistemáticas de éste país contra los derechos humanos de su población han llevado a las empresas petroleras occidentales a retirarse, dando a las empresas chinas la oportunidad de establecer un punto de apoyo.

En resumen, la política exterior de China sobre la seguridad energética es descrita con precisión por la perspectiva liberal en las relaciones internacionales. China, al menos hasta este punto inicial del análisis, ha seguido una trayectoria de cooperación en el campo de la energía. Pekín es crítica de los Estados Unidos por su política de interferencia armada en Oriente Medio, y los líderes chinos parecen dispuestos a trabajar juntos para mantener tranquilas y estables las regiones

productoras de energía con alternativas diferentes a las militares. Adicionalmente, China está cooperando activamente con otros países importadores de petróleo a través diversos foros multilaterales (Guerrero & Manji, 2008). En línea con la teoría liberal, la dependencia energética parece haber ejercido una influencia moderadora sobre la política exterior de China, lo que llevado a Pekín hacia estrategias de cooperación (Keohane & Nye ,1988: 61-62). Esto no excluye la posibilidad de que la fuerza militar pueda convertirse en una opción viable en garantizar el suministro energético (Shi, 2007). Pero en la actualidad, el ejército chino no tiene las suficientes capacidades de proyección que le permitan intervenir militarmente en los Estados productores de petróleo. Asegurar un abastecimiento de energía confiable y diverso es fundamental para la seguridad nacional de China, y dicha necesidad será aún más urgente en las próximas décadas. Como importador neto de energía, China tiene un interés en la estabilidad de las regiones productoras de petróleo y gas, estabilidad que los líderes chinos perciben como vinculada a las tasas de crecimiento económico nacional y la estabilidad social interna.

Las necesidades energéticas de China constituyen un factor significativo para que Pekín aspire a abandonar el regionalismo y se proyecte realmente como una potencia mundial. La demanda de energía ha hecho que las élites empresariales de China y los funcionarios del gobierno vayan más allá del tradicional enfoque regional centrado en la cuenca de Asia-Pacífico, desarrollando empresas conjuntas y adquiriendo propiedades en Asia Central, África y América Latina. La política y la economía todavía se mezclan en la peculiar receta china del capitalismo, por lo que es difícil separar los intereses de las empresas petroleras de China de las del Estado chino. En muchos casos, como en los países capitalistas occidentales, los funcionarios del gobierno tienen estrechos vínculos con la industria del petróleo, y sus objetivos se entremezclan con los de la empresa privada. El surgimiento de China como un actor energético mundial ha tenido un impacto importante en la economía mundial, y seguirá haciéndolo en el futuro previsible. La política energética en China, como en los Estados Unidos, se centra en aumentar la oferta

en lugar de restringir la demanda a través de medidas de conservación, transporte masivo y energías alternativas (Shi, 2007). La política energética exterior de China es de vital importancia para el desarrollo económico, y el crecimiento económico sostenido, a su vez, es vital para mantener la estabilidad social. Los funcionarios chinos están posicionando su país, económica y políticamente, para satisfacer las necesidades energéticas en rápido crecimiento de las próximas décadas. La dependencia energética, a su vez, constituye un poderoso incentivo para una política constructiva y de cooperación de China con el extranjero.

La política energética de China, va de la mano con planes detallados para diversos sectores, tanto en la oferta como a la demanda, así como con la fijación de objetivos regionales y locales, la creación de mecanismos de ejecución, y el apoyo a través de incentivos fiscales y otras medidas financieras. Sin embargo, aun con todos estos esfuerzos, la autosuficiencia energética todavía no es una perspectiva realista para el futuro previsible, y la política energética, como fue propuesta, no es en sí misma una panacea para garantizar la seguridad energética. Y lejos de las temidas inestabilidades resultantes entre la asimetría entre productores y consumidores de energía, el buen funcionamiento de los mercados internacionales tiende a mejorar la seguridad energética para todos los involucrados, en lugar de potenciar un ambiente de inestabilidad. Así que si bien es cierto que China sigue una política que limita las importaciones de combustibles fósiles de una sola fuente, dicha política también logra gestionar los riesgos de importación y diversificar los suministros (Van Der Hoeven, 2013).

El mapa energético mundial está cambiando, y China lidera a las economías emergentes como el principal motor de ese cambio. Unos mercados energéticos cada vez más abiertos, integrados y líquidos, especialmente en petróleo, y también cada vez más en gas natural, significan que los países están expuestos a los riesgos del mercado mundial y a las fluctuaciones de precios independientemente de su nivel de dependencia de las importaciones de energía. Eso es cierto en los países

desarrollados, así como los emergentes; por ejemplo, la perspectiva de Estados Unidos de aumentar la producción de petróleo gracias a medios de extracción no convencionales harán poco para protegerlo de las fuerzas del mercado mundial. Una seguridad energética real estará fundada en la diversidad de la oferta, los mercados, niveles de inversión adecuados, planificación para emergencias, y una serie de políticas diseñadas para que todas estas estrategias funcionen armoniosamente. Los líderes chinos son conscientes de estas cuestiones (Van Der Hoeven, 2013).

4. REALIDADES DE LOS ESTADOS AFRICANOS Y SU RELACIÓN CON CHINA

La política africana de China se puede caracterizar como una política de continuidad y cambio: una política que busca aplicar influencia sin interferencias. Esta relación ha pasado por varios cambios a lo largo de los años. Durante la época de la Guerra Fría, las relaciones sino-africanas se caracterizaron principalmente por una política de retórica antisoviética y de ampliación del apoyo a los movimientos nacionalistas anti-portuguesas de Angola y Mozambique. Los lazos entre China y África se transformaron durante la década de 1980, y cobraron fuerza en una dirección enteramente nueva en la década de 1990. Esto fue evidente en el cambio dramático en la retórica política de solidaridad y anticolonialismo a una relación basada en los imperativos económicos y cálculos de seguridad política. Como resultado, África se ha convertido en el campo de pruebas más importante para la expresión del poder blando chino (Rotberg, 2009).

En la diplomacia china, el año 2006 marcó el “año de África”. La renovada política africana de China describe los principios básicos que deben guiar la nueva asociación estratégica. En primer lugar, esta relación debe ser mutuamente beneficiosa para todas las partes, y debe estar basada en la sinceridad, la amistad y la igualdad. Esta es una relación que se establece la adhesión de China a los principios de la coexistencia pacífica, y respeta la libertad elección de los países africanos de su ruta de desarrollo (Taylor, 2007). En segundo lugar, el compromiso de China en África se basa en el beneficio mutuo, la reciprocidad y la prosperidad común. Esto significa que China apoya el desarrollo económico de los países africanos y se ha comprometido a la cooperación en diversas formas para la prosperidad de ambas partes. En tercer lugar, esta nueva relación se basa en el apoyo mutuo y la estrecha coordinación, que incluye el compromiso de China para fortalecer la cooperación con África en los sistemas multilaterales y hacer un llamamiento a la comunidad internacional a prestar más atención a las cuestiones

relativas a la paz y el desarrollo en África. En cuarto lugar, ambas partes tratan de aprender mutuamente mediante la exploración de las bases para el desarrollo común, que incluye intercambios de profundización y la cooperación en diversos campos, y la profundización de la colaboración para el desarrollo sostenible (Alden, 2005).

Las preguntas cruciales que deberían que surgen en esta sección son los siguientes. ¿Son las relaciones chino-africanas simplemente oportunistas, o es esta relación el reflejo de una verdadera estrategia de cooperación con los países en el continente africano? ¿De qué manera el compromiso chino con la paz y la seguridad en África se relaciona con su interés estratégico y económico en el continente?

Desde 2005, China ha participado en una serie sin precedentes de acercamientos diplomáticos con África, estrechando los lazos comerciales, facilitando préstamos a bajos intereses y sin interferencia en la política interna de sus países socios. A pesar de las sospechas por parte de los países occidentales sobre las intenciones de China, éste país está empezando a desempeñar un papel fundamental también en los cálculos políticos y las ecuaciones de la UA y varios de sus Estados miembros. Este nuevo compromiso está obligado a transformar las relaciones internacionales de África de una manera profunda (Rotberg, 2009).

4.1. CHINA Y LA UNIÓN AFRICANA

En general, China no tiene un programa integral de compromiso con la UA, y por su parte la UA tampoco parece tener un marco de política sobre cómo involucrar constructivamente a China. En su lugar existe un enfoque bilateral que pone a China en un lado y a la Unión Africana y sus Estados miembros en el otro. Más importante aún, China no tiene el mismo enfoque con todos los países africanos. China es astuta en su diplomacia africana en el sentido de que sabe perfectamente lo que puede obtener de cada Estado (Rotberg, 2009). En consecuencia, adopta diferentes enfoques y no usa una sola receta para toda la región. Además, China tiene

diferentes niveles de compromiso con diferentes países del continente, habiendo países con los que no tiene relación alguna. La naturaleza y profundidad de las relaciones depende de la dinámica interna y de la fortaleza económica de su socio africano. Ciertamente, a China no le cabe duda de que su ayuda tanto a la UA y sus Estados miembros se basa en los principios de la sostenibilidad y de beneficio mutuo que nada tienen que ver con la caridad y las donaciones sin contraprestación (Taylor, 2007).

No hay claridad sobre el grado en el que tanto la UA y sus Estados miembros sean conscientes del enfoque instrumentista y realista de China en sus relaciones con África. Mientras que China está constantemente reevaluando y adaptando sus políticas a las realidades cambiantes de África, la Unión Africana y la mayoría de sus Estados miembros no parecen tener una política coherente hacia China. De hecho, la Unión Africana carece de una política oficial y consistente hacia China (Taylor, 2007), lo que se traduce en un debilitamiento de su propia capacidad y de sus Estados miembros para negociar con China. Esta falta de coherencia en la estrategia se ha reconocido y se abordado desde 2006, cuando de expertos de la Unión Africana concluyeron que la organización debería ser el punto de apoyo de cualquier asociación estratégica con otros actores internacionales, siendo capaz de definir los intereses del continente de una forma más coherente y clara. Básicamente, el argumento es que África necesita una estrategia para comprometer a China desde una posición de fuerza (Rotberg, 2009).

En debates posteriores, la UA sostuvo que la participación de China en África no debe limitarse a lo económico, sino también debería tratar de llevar la paz y la unidad a los países africanos en conflicto. En consecuencia, China estaría construyendo su capacidad de como fuerza de mantenimiento de la paz. Aunque la participación de China en las operaciones de paz de la ONU ha sido escasa y relativamente reciente, en 2014 China ocupó el treceavo lugar en la lista de proveedores de tropas, con un total de 2274 hombres (Naciones Unidas, 2015). A pesar de un crecimiento

constante en el número de tropas chinas que participan en operaciones de mantenimiento de la paz, China sigue expresando sus reservas (como lo hizo en el caso del mantenimiento de la paz de la ONU en Sudán) sobre la decisión de enviar una misión de mantenimiento de la paz en una zona de conflicto sin el previo consentimiento de todas las partes en conflicto (Alden, 2005).

¿Qué demuestra la geografía del compromiso chino con la UA y sus Estados miembros en materia de seguridad? Un área crítica donde dichos compromisos bilaterales han aumentado es en el intercambio de inteligencia, así como en los programas conjuntos de formación para hacer frente tanto a las amenazas de seguridad convencionales como a las no convencionales. Está cada vez más claro, sin embargo, que debido a que la mayoría de los Estados africanos perciben las relaciones bilaterales como más rentables que un enfoque multilateral, son reacios a que la Unión Africana se adelante a cualquier negociación individual con China (Rotberg, 2009).

El compromiso de China con África refleja la aparición de nuevas dinámicas de poder en la economía global. Pero, sin embargo, plantea una pregunta fundamental: ¿en qué medida es diferente la presencia de China en África en comparación con aquella de otras potencias extracontinentales? No hay duda de que, debido a la historia y el enfoque de China, se la percibe como un amigo que no viene con la herencia de opresión de otras potencias, precisamente gracias a su apoyo a los movimientos de liberación en el continente en décadas pasadas (Taylor, 2006: 106). Además, existe un amplio reconocimiento del hecho de que la política exterior de China hace un esfuerzo consciente para respetar a los africanos como socios. Puede ser demasiado pronto para hablar de cuáles serán los impactos duraderos del nuevo compromiso de China en África, pero no hay duda, en base a lo anterior, que su compromiso sólido con la Unión Africana está estimulando a socios tradicionales de la Unión Africana, en particular la Unión Europea, a comprometerse más a fondo con la organización.

5. EVALUACION DEL MERCENARISMO Y LOS CONTRATISTAS MILITARES PRIVADOS DESDE DIVERSAS TEORIAS

5.1. REALISMO

Una de las cuestiones fundamentales planteadas por el realismo en la actualidad es si la globalización ha dado lugar a un colapso del Estado como el agente principal en los asuntos internacionales. Podría argumentarse que el fenómeno de los contratistas militares privados está erosionando este monopolio y por tanto socava el mismo Estado. El Realismo, estando totalmente enfocado en el Estado, puede parecer poco convincente como TRI si tenemos en cuenta la gran cantidad de actores que detentan el poder en el sistema político internacional. Se argumenta frecuentemente que el uso sin precedentes de actores no estatales como los CMPs en Irak demuestra el poder de la globalización y la creciente irrelevancia del Estado en los asuntos globales. Los contratistas privados han brindado una mano en la historia bélica de los Estados Unidos desde la Segunda Guerra Mundial (Kinsey, 2006: 43-45), por lo que no son en sí mismas un fenómeno nuevo. La dependencia que los gobiernos estadounidenses han generado hacia los servicios prestados por los CMPs, sin embargo, se ha disparado en las últimas décadas, facilitada en parte por revolución tecnológica global y la fluidez de corporaciones globales. La proporción de soldados versus contratistas privados durante la guerra de Vietnam fue de 100 a 1. En Irak, en 2003 esta cifra fue de 1,5: 1 (Bartels: 2008, 38). Los CMPs en Irak estuvieron íntimamente involucradas en todos los aspectos de la guerra, en un grado nunca antes visto. Desde la planificación logística y vigilancia de objetivos de alto perfil, tales como la Zona Verde de Bagdad, a los reprochables actos de tortura enmascarados como interrogatorios contra prisioneros iraquíes en Abu Ghraib, las operaciones militares de la coalición en Irak podrían haberse ejecutado sin CMPs. En lugar de las fuerzas armadas regulares, los gobiernos de Estados Unidos y del Reino Unido (que si bien no son los únicos actores que usan CMPs pero sin duda son los principales Estados en emplearlos) emplean empresas

privadas como parte de su músculo militar. Definir al Estado como un ente totalmente ajeno a los contratistas de seguridad es presentar una imagen demasiado simplista que niega la complejidad del problema. Aunque los CMPs sean empresas privadas, tienen estrechos vínculos con el Estado. La mayoría de los empleados, directivos y dueños de estas empresas son exmilitares o cuentan con extensas conexiones políticas. De hecho, hay ejecutivos que mantienen deberes y responsabilidades políticas antes de involucrarse en el mundo de la contratación privada. La mayoría de los contratistas privados son exmilitares cuyos vínculos con el ejército regular se mantienen al hacer la transición al sector privado (Kinsey, 2006: 15). Sin duda, la importancia y el poder de estos actores no estatales podrían poner en entredicho la supremacía del Estado y pueden comprometer la relevancia del Realismo como una teoría de las relaciones internacionales. Sin embargo, hay que considerar un factor importante cuando se utilizan teorías sistémicas de las relaciones internacionales como el Realismo, y es que no todos los actores tienen la misma importancia. Los CMPs son actores internos que no dictan la política exterior de ningún país. A pesar de que se han utilizado ampliamente por el gobierno de Estados Unidos para articular el poder del Estado y promover el interés nacional, no han alterado significativamente la forma en que el Estado se comporta. En el caso de la guerra de Irak el Estado todavía está luchando por el poder y la supervivencia en un ámbito internacional anárquico. Los CMPs han sido perseguidos por la controversia que involucra sus estándares éticos y su situación jurídica. Los Realistas pueden argumentar que los Estados utilizan estos ejércitos privados cuando hacerlo es compatible con sus intereses. Los Estados, de acuerdo con postura, no estarían inhibidos por el tipo de preocupaciones éticas que si limitarían a sus propios ejércitos regulares, siendo ésta una de las razones para recurrir a los CMPs, que no tienen el mismo nivel de responsabilidades políticas que aquejan a los gobiernos y los funcionarios detrás de ellos. A los CMPs se les dio inmunidad total en Iraq por cuenta de la Autoridad Provisional de la Coalición (Bartels: 2008, 38), con el fin de que pudieran perseguir más eficazmente los intereses de los Estados contratantes y sin ningún escrutinio legal.

Aproximadamente setenta países ratificaron el Documento de Montreux, que condensa los estándares éticos a seguir por cuenta de aquellos Estados que empleen CMPs pero esto, en la práctica, no tiene un valor distinto a firmas en un papel. Documentos de este tipo dejan el interrogante sobre si los Estados le dan igual valor a la ética y al interés nacional.

5.2. POSTCOLONIALISMO

Gran parte del debate sobre los conflictos recientes en Oriente Medio se centra en si las aventuras militares de Occidente en países como Irak y Afganistán constituyen una continuación del imperialismo por otros medios. Las guerras en Irak y Afganistán no se podrían haber luchado sin la fuerte dependencia de CMPs expuesta anteriormente (Kinsey, 2006: 56). La motivación inicial de Estados Unidos para desatar la guerra en Irak tenía que ver con la eliminación de las armas de destrucción masiva supuestamente en poder de Saddam Hussein. Al no encontrarse ninguna, sin embargo, el proyecto se convirtió en uno mucho más grande y más vagamente definido: llevar la democracia a esta zona en conflicto, arruinada, según el discurso de la época, por el gobierno tiránico de Hussein y su gobierno corrupto. Sin embargo, se puede argumentar que la “democracia” en la forma en que las fuerzas de la coalición estaban tratando de instituir, era la democracia liberal occidental (Bjork & Jones 2005: 783). Los CMPs eran una parte vital de este programa. Todo el tiempo que los CMPs han acumulado en Irak significa que se han convertido en un elemento permanente del país, que trabaja para proteger y promover intereses foráneos.

La guerra en Irak y el fenómeno de los CMPs como parte integral de ella hacen que la teoría del Postcolonialismo parezca convincente para describirlos. Los contratistas militares privados emplean trabajadores de los países del sur global, como Chile y Guatemala. Los ex militares del Reino Unido y los EE.UU. están altamente capacitados y altamente calificados, algo que se refleja en sus salarios

elevados (Bosch & Maritz, 2011: 73). Sin embargo los empleados de los países en desarrollo a menudo se les paga una fracción de lo que aquellos de las naciones occidentales ganan.

5.3. LIBERALISMO

Se puede argumentar que el increíble aumento de los CMPs como actores en el sistema internacional es en gran parte el resultado de las políticas económicas neoliberales. Aunque los mercenarios han existido por siglos y los CMPs estructuralmente modernos han existido desde la Segunda Guerra Mundial, el número de empresas de seguridad privada, y la dependencia que los gobiernos tienen de ellos, se ha disparado desde la década de 1980. Podemos ubicar entonces este surgimiento global de los CMPs en medio de dos fenómenos, también de la época: el fin de la guerra fría y el surgimiento de la teoría económica neoliberal. La década de 1980 fue la década de Margaret Thatcher, Ronald Reagan y el dominio de la teoría económica neoliberal, hechos famosos por Milton Friedman. Tanto Thatcher y Reagan emprendieron programas masivos de privatización. Esto implicó tanto la venta de activos de propiedad estatal como la transferencia al sector privado de muchas actividades anteriormente realizadas por el gobierno. El principio económico que guía estas políticas es que la mano invisible del libre mercado, como lo promulgaba Adam Smith, siempre produciría un resultado más eficiente y superior que cuando el gobierno está a cargo. Thatcher y Reagan trabajaron en reducir el tamaño de sus respectivos gobiernos, vistos por ellos como máquinas burocráticas paquidérmicas e ineficientes, y transfirieron muchas de sus funciones al ámbito de la empresa privada. Así, el neoliberalismo se tradujo en desregulación, privatización y en la retirada del Estado de muchas categorías de servicios sociales.

Cuando terminó la Guerra Fría en 1989, Estados Unidos tuvo menos incentivos para sostener los grandes gastos en defensa que suponía el mantenimiento de su vasta

infraestructura militar construida a lo largo de las décadas anteriores. Por lo tanto, comenzó a reducir el tamaño de sus fuerzas armadas significativamente y esto significaba, en parte, la contratación de un menor número de soldados. Este vacío propició el surgimiento de un nuevo nicho en el mercado, uno que fue llenado rápidamente por CMPs que comenzaron a proporcionar todo tipo de apoyo logístico y práctico en las operaciones militares, en particular para los gobiernos de Estados Unidos y el Reino Unido. Vistos así Los CMPs y la teoría económica neo-liberal están interrelacionados, por lo cual, para algunos liberales, Los CMPs son un resultado inevitable del todopoderoso mercado.

5.3.1. EL POSIBLE USO DE CONTRATISTAS MILITARES PRIVADOS EN INTERVENCIONES HUMANITARIAS

A pesar del hecho de que han causado una gran controversia, se ha abogado por el uso de contratistas privados con el fin de extender la práctica del intervencionismo humanitario en todo el mundo. El envío de ejércitos regulares a otras regiones del mundo y a instancias de las democracias liberales es extremadamente controversial financiera, política y éticamente. Dichos ejércitos están sometidos a un intenso escrutinio político y ningún gobierno que los envíe al extranjero para misiones que no sean percibidas como directamente relevantes al interés nacional, quiere asumir el gran riesgo político que ello implica. Se sugiere entonces que los CMPs se podrían utilizar en lugar de las fuerzas militares nacionales para adelantar aquellas misiones que conllevan un riesgo político para los gobiernos.

La posibilidad de adelantar este tipo de operaciones militares podría tener enormes consecuencias para la política global. Basta con imaginar la magnitud y naturaleza de la presencia militar que los EE.UU. y “Occidente” podrían ser capaces de tener todo el mundo si sus despliegues militares pudiesen llevarse a cabo con relativamente poco escrutinio político.

6. HISTORIA DE LA INJERENCIA DE LOS CONTRATISTAS MILITARES PRIVADOS EN AFRICA

Pese a que ha habido una disminución de los conflictos interestatales, la incapacidad para hacer frente a las amenazas contra el orden y la seguridad en el mundo ha significado que los conflictos internos en forma de guerras civiles, terrorismo y crimen organizado han aumentado. Los conflictos internos hacen que sea muy difícil para los Estados mantener el control sobre su población, el comercio y los flujos de capital, todos ellos elementos clave de un Estado estable (Kraxberger, 2000: 100). Los gobernantes parcializados hacia una etnia o facción, el fomento de las tensiones étnicas, religiosas o regionales, y la centralización indiscriminada de las funciones del Estado ha dado lugar a una intensa competencia por el control del mismo. Esta combinación de Estados débiles, sin capacidad suficiente de garantizar su propia seguridad, la disminución de la asistencia internacional en materia de seguridad y el aumento de los conflictos internos, así como la presencia de materias primas altamente valoradas en los mercados internacionales, ha creado un entorno en el que los CMPs han sido capaces de moverse (Musah, 2002: 929). La presencia de recursos valiosos es especialmente importante ya que sin ellos, los Estados débiles no contarían con incentivo alguno para alimentar el interés inversionista que a su vez tiene necesidades de seguridad o para que los Estados mismos puedan contratar a CMPs. Los Estados africanos débiles lo son por razones como:

- Sus fronteras, producto de los tratados europeos firmados durante el reparto de África, que fracturaron a unas comunidades y obligaron a otras, en conflicto, a vivir dentro del mismo territorio, debilitando las identidades nacionales y generando entornos de identidades atomizadas y en permanente conflicto con las demás.
- Estructuras gubernamentales débiles y sin reglas suficientes que rigen el sistema político y donde prima el interés particular, lo cual alimenta la idea de disputar el poder político por la fuerza y ejercerlo de forma injusta, favoreciendo a unas facciones y perjudicando a otras.

- Economías limitadas al sector primario, dependiente de los precios fijados por los mercados internacionales y con múltiples vulnerabilidades (Middleton, 2008: 264)

Un sistema de Estados no era parte del contexto africano antes de la colonización europea, lo que significaba que no había la percepción común del Estado, ni hubo una identidad nacional definida, así no puede existir ninguna plataforma desde la cual construir estructuras de seguridad. El resultado fue que los sistemas que se desarrollaron fueron débiles y después de la Guerra Fría, se dieron procesos de privatización que favorecieron a ciertos grupos e ignoraron a otros, negándole los beneficios del mercado global al conjunto de toda la sociedad (Middleton, 2008: 43). Cuando los Estados africanos obtuvieron su independencia no sólo se quedaron con un sistema político de Estados-nación que era ajeno a la estructura social subyacente de África, sino también terminaron con sociedades carentes de estructuras de seguridad efectivas. Constituían Estados sólo porque fueron reconocidos por el sistema internacional, pero no eran más que las entidades jurídicas sin capacidades de funcionamiento reales, y no fueron capaces de hacer frente a las amenazas de seguridad que encontraron (Schreier, & Caparini, 2005: 88). Entre la ciudadanía de estos nuevos Estados no había tradición de considerar al Estado como el proveedor de la seguridad pública. Los ciudadanos poco se identificaban con el gobierno nacional o con la idea de nación y su pertenencia a la misma, por lo que resultó difícil desarrollar gobiernos efectivos o sistemas de rendición de cuentas, uno de los mejores medios de garantizar la seguridad (Schreier, & Caparini, 2005: 88). Como resultado de ésta soberanía debilitada, una prioridad de la OUA (Organización de la Unidad Africana, antecesora de la actual Unión Africana) fue formular un acuerdo regional que impedía que los Estados africanos existentes fueran sujetos de cuestionamientos territoriales, ya que cualquier intento de alterar los límites heredados tenía implícito un gran riesgo de sumir al continente en la guerra, acuerdo que comprometió a los Estados africanos

a respetar y defender las fronteras demarcadas desde su independencia (Ikome, 2012). Los actores internacionales también se beneficiaron, ya que tenían (y tienen) un interés en el mantenimiento de la soberanía de los Estados débiles. Es más fácil tratar con un gobierno estatal débil, incluso si su seguridad se mantiene con fuerzas mercenarias, que con un Estado fallido, donde la autoridad proviene de señores de la guerra en permanente disputa de un territorio anárquico. Durante la Guerra Fría, las antiguas potencias coloniales y las superpotencias proporcionaron apoyo diplomático y militar para estos Estados. Esto protegía a los gobiernos contra las amenazas internas, pero también retrasó su iniciativa de desarrollar por cuenta propia una burocracia fuerte y efectiva, así como un aparato militar capaz de defender la soberanía y garantizar el orden interno. Los gobernantes utilizaron apoyo extranjero para ganarse el favor de sus aliados locales y para evitar que sus rivales accedieran al poder (Avant, 2006: 516). El fin de la Guerra Fría trajo consigo una nueva disminución en la seguridad de los Estados africanos y condicionó la naturaleza mutable de los conflictos africanos. Vastos inventarios de armamento entraron en desuso y quedaron disponibles, de una forma u otra, para los comerciantes en el mercado negro, y el personal militar entrenado quedó desempleado cuando varias estructuras militares propias de la guerra fría se desbandaron. África desapareció para el resto del mundo. El apoyo militar extranjero fue severamente reducido, así como los fondos dirigidos a asistencia para el desarrollo, o empezó a brindarse con más condiciones para los Estados receptores. (Brautigam, 2009: 286). La reducción del personal militar en el África subsahariana creó un vacío militar y varios Estados a menudo quedaron sin una fuerza militar o policial eficaz. Llenar este vacío con fuerzas de seguridad privada se convirtió en una opción viable, en parte porque fue tolerada por los gobiernos occidentales (Schreier, & Caparini, 2005: 88). Cuando terminó la Guerra Fría los ejércitos de EE.UU., Europa y la antigua Unión Soviética se redujeron drásticamente. El resultado fue que las armas y otros equipos militares se abarataron fuertemente, y sumadas a armas provenientes de otros países sus armas, fluyeron a países africanos como Angola, que gastó miles de millones de dólares de sus ingresos del

petróleo y diamantes en equipos militares que terminaron en manos de facciones insurgentes como la MPLA y UNITA, que desgarraron al país en una guerra civil que duró 26 años. (Middleton, 2008: 293). El fin del apartheid en Sudáfrica también condujo a la reducción militar. El ejército del apartheid había sido muy activo en el continente, lo que significaba que había personal experimentado con un profundo conocimiento de la región, sin empleo. (Kinsey, 2006: 111). Los ex miembros de la Fuerza de Defensa de Sudáfrica han prestado sus servicios en Angola en ambos lados de la guerra, en los dos Congos, Uganda y Sierra Leona, entre otros, por lo general como multiplicadores de fuerza, prestando servicios de asesoramiento y formación, y a veces también como combatientes (Kinsey, 2006: 111-113). La combinación de desmovilización sin alternativas de empleo y el crecimiento de las guerras civiles en los Estados débiles terminaron por crear tanto la oferta como la demanda de apoyo militar privado extranjero. Sin embargo, sólo un pequeño número de los desmovilizados en la región se unió al sector de la seguridad privada, otros se unieron a los sectores armados informales en los Estados débiles (Kinsey, 2006: 111-113). La explosión de los conflictos internos en todo el mundo hizo que los recursos para el mantenimiento de la paz (como cascos azules, observadores civiles, etc.) se dispersaran más allá de sus límites. Las potencias extranjeras se hicieron cada vez más reacias a verse involucradas en los problemas internos de África; sobre todo porque la importancia de África subsahariana se había reducido después de la Guerra Fría. Por lo tanto, la responsabilidad de la seguridad pasó de Occidente y la ONU a los propios Estados y organizaciones regionales. En su momento, el mismo Kofi Annan, como secretario general de la ONU admitió que la organización no contaba con la capacidad para efectuar cualquier tipo de operación militar en la región (Tonkin, H. 2011: 14). Igualmente, los Estados donantes de fondos para asistencia se hicieron más exigentes en sus demandas para brindar los recursos tan angustiosamente necesitados por varios Estados africanos, demandas duras de cumplir porque en su mayoría implicaban transformaciones estructurales difíciles de cumplir en el corto o mediano plazo, lo que hizo que el dinero y el apoyo dejaran de fluir como antes. Estas exigencias de liberalización, privatización y

democratización, así como los dolorosamente estrictos programas de ajuste estructural del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (FMI) aumentaron la presión sobre los algunos regímenes liderados por señores de la guerra y líderes personalistas, que terminaron por perder todo tipo de asistencia (Rotberg, 2009: 80), o promovieron la inestabilidad política al alentar a facciones con ansias de poder a exigir reformas rápidas con el fin de hacerse elegibles para los fondos de asistencia. La liberalización y la privatización significaron que los actores privados ganaron poder económico y político. La economía efectivamente estaba siendo dirigida por los actores internacionales en connivencia con las élites empresariales locales que fueron capaces de manipular la privatización para su propio beneficio. La privatización de la seguridad, que fue una continuación de este proceso, ayudó a los líderes de los Estados débiles a hacer frente a los problemas de seguridad. Para las nacientes empresas de seguridad privada, el hecho de poder conectarse con las empresas extranjeras interesadas en trabajar en zonas inestables fue parte de una evolución natural que benefició tanto a las empresas como a los regímenes que les dieron la bienvenida (Musah, 2002: 913). En ciertos casos la democratización profundizó el conflicto, especialmente en los escenarios en que los ganadores de los comicios asumían una actitud revanchista contra sus adversarios políticos. Esto estimulaba a que los perdedores de las elecciones, que no aceptaban la derrota y eran castigados por la facción en el poder, recurrieran a perpetuar el conflicto. Por ejemplo, el conflicto de Angola se reinició en 1992 por el líder político y militar Jonas Savimbi, cuando los resultados electorales preliminares sugirieron que había sido derrotado (Taylor, 2006). Los programas de ajuste estructural y la forma en que los líderes africanos han respondido a ellos han creado un espacio para que los CMPs puedan operar en África al promover la militarización de la política y la privatización del Estado en África. Los programas de ajuste estructural, patrocinados por las instituciones financieras multilaterales de occidente no han mejorado los problemas económicos de África, tales como dependencia de la ayuda, la deuda externa inflada e inmanejable y la infraestructura en permanente deterioro (Tan-Mullins, 2010: 860). Tales programas dieron lugar a un recorte en el gasto social y militar, que no sólo

elevó las amenazas a la estabilidad interna sino que también redujo la capacidad de hacer frente a dichas amenazas. El funcionamiento de los regímenes personalistas se hizo cada vez más esclerótico a medida que se vieron obligados a reducir el gasto. El ciclo se puede ver una y otra vez en diversos casos africanos: La élite en el poder, apesadumbrada por el peso financiero de los programas de ajuste, descuida sus responsabilidades sociales, centrándose en la protección de sus propios intereses económicos y utilizando la privatización para su beneficio personal, adquiriendo las empresas estatales a precios bajísimos. Las funciones básicas del Estado se subcontratan cada vez más a actores privados e internacionales, lo que reduce aún más el papel de un Estado ya débil. La pobreza, la fricción étnica y religiosa, la corrupción y el uso de mercenarios, mafias y otras organizaciones ilegales para mantener el control convirtieron en la norma. Estas redes se enquistaron cada vez más profundamente en el aparato estatal, recurriendo con mayor frecuencia a la violencia y al crimen (Musah, 2002: 913-915).

El Estado perdió progresivamente su capacidad para desempeñar sus funciones. Los funcionarios públicos y fuerzas de seguridad pública, con salarios bajos, inconstantes y sujetos a la inflación terminaron siendo arrastrados a actividades ilegales en el sector privado o de manera informal. En semejante clima general de incertidumbre, la seguridad se convirtió en una mercancía que podía ser comprada por el mejor postor (Musah, 2002: 913-915) una vez que el apoyo extranjero había sido retirado, los insurgentes fueron capaces de ganar más poder que los Estados, que tenían menos que ofrecer para atraer apoyo. La mayor disponibilidad de armas significaba también que había más facciones en conflicto, más combatientes, más destrucción y menos probabilidad llamar a fuerzas de paz extranjeras, para las que semejante ambiente resultaba políticamente insostenible, dado el enorme riesgo para las tropas. A su vez el desarrollo tecnológico dio paso a nuevo armamento, más conveniente y fácil de usar por combatientes cada vez más lejanos del sistema educativo. Esto aumentó el número de combatientes, incluidos niños, que podrían operar las nuevas armas livianas con mayor facilidad. La ventas de armas ligeras

aumentó significativamente, y los Estados no tenían los recursos para superar la creciente oposición armada. Muchas de las fronteras de África carecen de vigilancia y por lo tanto son fáciles de cruzar, lo que facilita el tráfico de armas y de materias primas con las que usualmente se compran dichas armas sin mucha dificultad y sin ningún tipo de control estatal (Middleton, 2008: 264). Durante la Guerra Fría, las insurgencias estuvieron fuertemente motivadas por la ideología, sobre todo en el sur de África. Las superpotencias también tenían cierta influencia y líderes locales fueron en gran medida capaces de controlar sus tropas (Tonkin, 2011: 181).

El control de los recursos no sólo fortalece a los grupos rebeldes, de paso le niega fondos al Estado, por lo que estos recursos se convierten en la principal razón para que los gobiernos contratan a CMPs. El nuevo énfasis en los réditos económicos ha tenido muchas consecuencias negativas. Sin objetivos políticos no existe un marco claro que pudiera limitar el alcance y la naturaleza de la violencia, y era evidente que había un interés material en la prolongación del conflicto. También dio lugar a un mayor maltrato de la población civil, porque los rebeldes no tenían que apelar políticamente a la población (Tonkin, 2011: 12).

Alternativamente, se los ejércitos politizados se convirtieron en grupos de individuos armados dedicados al saqueo debido a las malas condiciones salariales, así como a la carencia de controles formales y de liderazgo. La seguridad de África se ha comercializado, ya que muchos Estados no han desarrollado sistemas de seguridad pública y la seguridad siempre ha sido privatizada. La privatización tiende a priorizar el acceso a los recursos por encima de garantizar la seguridad pública. El acceso y control sobre los recursos son la principal preocupación de los actores armados en los conflictos africanos. Debido a que estos recursos se derivan a menudo de una región determinada del país, el control sobre estas áreas se convierte en el objetivo principal (Tonkin, 2011).

Por ejemplo, los recursos concentrados en el este de República Democrática del Congo y el nordeste de Sierra Leona han prolongado el conflicto en esas áreas. La seguridad privada afiliada a los regímenes en el poder está generalmente alineada con funcionarios no electos y participa en la defensa de intereses privados. Son fuerzas paralelas, que en su mayoría no guardan relación alguna con las fuerzas armadas nacionales, siendo prácticamente milicias privadas (Schreier & Caparini, 2005: 63) que se utilizan para prolongar la supervivencia del líder de turno al frente del régimen y se crean porque dichos líderes temen la posibilidad de un golpe militar si el ejército nacional es demasiado fuerte. Además, tienen un impacto negativo sobre el Estado al promover el resentimiento hacia el ejército nacional, porque implica que el presidente no confía en ellos. Al estar fuera de la cadena de mando militar, no están sometidos a las mismas restricciones de suministros y están mejor pagados, mejor entrenados y mejor equipados que el militar regular (Schreier & Caparini, 2005: 63).

Visto así, los mercenarios son un reflejo de los problemas y no la causa. En esta época los CMPs no existían en el continente, y los mercenarios no pretendían ser operadores legítimos. Queda entonces el interrogante sobre si los mercenarios en última instancia benefician al Estado africano de forma alguna, ya que son más propensos a exacerbar los problemas que a participar en la resolución de las causas subyacentes del conflicto. Los CMPs no pueden resolver los problemas de seguridad en África, y generan retos adicionales en materia de transparencia y rendición de cuentas, debido a que su presencia no es permanente (Tonkin, 2011: 32).

Adicionalmente, las causas sociales, económicas y políticas del conflicto no pueden ser resueltas con el solo poder de las armas. A pesar de que se supone que son una respuesta temporal a problemas coyunturales mientras se desarrollan soluciones reales para los problemas de fondo, Los CMPs tienen un mayor potencial de obstaculizar las soluciones y agravar el conflicto, porque siempre se asocian con

una facción política. En Angola y Sierra Leona, los éxitos militares de EO (Executive Outcomes una CMP sudafricana que cesó operaciones en 1998) se perdieron de vista debido a acontecimientos políticos y a la posterior retirada de la empresa, lo que llevó a que el conflicto se reavivara (Schreier & Caparini, 2005: 81). Gran parte de la razón por la que estos Estados son tan débiles es porque no son capaces de pagar por fuerzas de seguridad propias, ya que su economía se ha venido abajo por el conflicto mismo, cortando los ingresos del gobierno. Esto condujo a que varios CMPs accedieran a prestar sus servicios sólo para aquellos regímenes con un medio de pago garantizado, ya fuera en dinero o en acceso a fuentes de materias primas, por lo que dichas compañías desarrollaron una predilección por Estados con recursos naturales valiosos y relativamente fáciles de monetizar en poco tiempo (Schreier & Caparini, 2005: 76). Así, los CMPs se comprometían a fortalecer las capacidades militares del gobierno cliente y a proteger las operaciones mineras de las cuales derivaban parte de sus ingresos. Muchos CMPs tienen estrechos vínculos con las empresas petroleras y mineras multinacionales, que les proporcionan tanto apoyo financiero como contactos políticos (Schreier & Caparini, 2005: 76). Por ello, con cada vez mayor frecuencia los CMPs, las empresas mineras multinacionales y los gobiernos de estos Estados están estrechamente vinculados. Se ha demostrado que la presencia de recursos minerales contribuye a una disminución en la estabilidad de un país y existe una correlación negativa entre la presencia de este tipo de recursos naturales y el desarrollo económico y social.

La seguridad privada ha florecido en las zonas ricas en minerales de África porque la seguridad es vital para obtener el capital extranjero necesario para extraer los recursos (Schreier & Caparini, 2005: 29). Los gobiernos de los países africanos ricos en recursos comenzaron a fomentar la inversión minera extranjera, ya que era preferible para estos gobiernos tener los activos de su Estado bajo control extranjero, con retornos financieros seguros, que en poder de sus rivales políticos o de grupos rebeldes. Las concesiones o beneficios futuros se concedieron como pago por sus servicios (Tonkin, 2011: 36). Las empresas extranjeras en estos

Estados débiles tenían que proporcionar tanto su propia infraestructura como su propia seguridad para las instalaciones, bienes y empleados (Kinsey, 2006), con el fin de protegerse contra el sabotaje, la toma de rehenes y otras amenazas asociadas con el entorno de seguridad en deterioro de África. Los diamantes son una buena garantía para la celebración de contratos porque son valiosos, fáciles de movilizar y de comercializar. Esto significa que incluso cuando la infraestructura se ha derrumbado, el flujo de diamantes puede continuar. UNITA fue financiado por los diamantes en Angola a pesar de que la infraestructura había colapsado en medio de la violencia. El petróleo, por otra parte, es el único recurso que puede seguir siendo extraído independientemente de la infraestructura o estabilidad del resto del Estado (Kinsey, 2006)

7. ESTUDIO DE CASO: ANGOLA

7.1. HISTORIA DE LA RELACION DE ANGOLA CON LOS CONTRATISTAS MILITARES PRIVADOS

Los orígenes del conflicto de Angola provienen del fracaso de los portugueses para preparar al país para su transición a la independencia y a las profundas divisiones resultantes del tratamiento preferencial de ciertos sectores de la población por parte de la potencia colonial. Estas divisiones fueron la base de los diferentes movimientos de liberación y del resentimiento entre las diversas facciones rebeldes que se disputaban el vacío de poder que dejó Portugal. La Independencia en 1975 llevó a cientos de miles de portugueses a salir del país, despojando a Angola de vastos recursos financieros, así como de la mayoría de su población educada. La guerra civil entre el MPLA, que se había apoderado del gobierno, y UNITA continuó durante años. La guerra también atrajo la participación de la Unión Soviética y Cuba, que apoyaron el MPLA, y la de Estados Unidos y Sudáfrica que apoyaron a UNITA (Singer, 2004: 107). A finales de 1988 los acuerdos de Brazzaville fueron firmados por ambas partes, dando lugar a la retirada de las fuerzas sudafricanas, soviéticas y cubanas. Sin embargo, incluso sin estas fuerzas extranjeras la guerra continuó hasta bien entrada la década de 1990 (Joras & Schuster, 2008). Los Acuerdos de Paz de Bicesse se firmaron en 1991. Las negociaciones fueron asistidas por Portugal, la Unión Soviética y los EE.UU. con los que se acordó que una vez que el alto el fuego se hubiera iniciado, se concertaría un plazo para celebrar elecciones, seguido del retiro el apoyo militar a ambos bandos (Joras & Schuster, 2008). Los Acuerdos de Bicesse tampoco tuvieron un efecto duradero en el mantenimiento de la paz, porque la ONU no había sido parte del proceso, siendo requerida su cooperación sólo para desplegar tropas de mantenimiento de la paz. Así, la ONU sólo se involucró a nivel militar y no a nivel político, y sólo hacia el final de las negociaciones. El problema con las elecciones organizadas en 1992 fue que

ninguna de las partes estaba realmente dispuesta a perder. Cuando se celebraron las primeras elecciones democráticas en septiembre, las tensiones aumentaron porque el líder de UNITA, Jonas Savimbi, no aceptaría que los resultados de los comicios le dieran la victoria al MPLA. Los enfrentamientos se incrementaron entre las fuerzas armadas del gobierno del MPLA y UNITA. A pesar de que las negociaciones se organizaron en octubre, la lucha continuó (Taylor, 2006). El MPLA sufrió sin apoyo extranjero y, a finales de enero de 1993, UNITA ya controlaba la mayoría de las zonas rurales de Angola, incluyendo los yacimientos de diamantes. El control que UNITA tuvo de estas regiones financió gran parte de su esfuerzo bélico (Kinsey, 2006: 63). Las conversaciones de paz organizadas por Naciones Unidas en Addis Abeba y Abidján fracasaron porque UNITA no retiraría sus fuerzas antes de que se desplegara una fuerza de paz de la ONU. Inicialmente se culpó a ambas partes de la ruptura de la paz, pero finalmente la ONU y los EE.UU. admitieron su responsabilidad por el fracaso de las conversaciones de paz. Muchos informes confirman que UNITA hizo uso de mercenarios, pero no está claro si EO fue empleado por la organización rebelde antes de ser contratado por el gobierno de Angola. Human Rights Watch informó que EO asistió a UNITA hasta abril de 1993, llegando a afirmar que cuando EO fue contratada para trabajar para el gobierno, había empleados de EO trabajando para bandos opuestos. Sin embargo, existe poca información sobre las fuerzas mercenarias de UNITA y no se sabe si EO efectuó operaciones militares para UNITA antes de su contrato con el gobierno (Joras & Schuster, 2008: 150). En marzo de 1993 UNITA capturó las instalaciones petroleras en Soyo, propiedad de la compañía petrolera estatal de Angola, Sonangol. Fue en este punto que muchos comentaristas observaron que EO como contratista del Estado fue introducido por primera vez a Angola (Singer, 2004: 108). Independientemente de si la compañía había trabajado para UNITA antes de su contrato con el gobierno, buena parte del personal de EO ya había combatido en Angola bajo órdenes de la Fuerza de Defensa de Sudáfrica, asistiendo a UNITA como parte de su política de desestabilización durante la era del apartheid (Kinsey, 2006: 63). Así, EO fue contratado para recuperar a Soyo de las manos de UNITA.

Soyo era extremadamente importante para los ingresos petroleros del gobierno angoleño ya que extraía alrededor del 45 por ciento del petróleo del país (Singer, 2004). Cerca de 80 empleados de EO lucharon contra UNITA y volvieron a tomar las instalaciones petroleras. Cuando la empresa se fue, UNITA recapturó a Soyo y el gobierno, reconociendo tanto la capacidad de EO como el fracaso de sus propias fuerzas armadas, firmó un contrato de un año, por un valor de 40 millones de dólares en septiembre de 1993 (Kinsey, 2006) y se renovó hasta 1996. EO actuó como un “multiplicador de fuerza”, aumentando la eficacia del menguante ejército angoleño, proporcionando conocimientos especializados y experiencia de combate (Kinsey, 2006). Muchos CMPs han participado en Angola, y el gobierno se ha acostumbrado tanto a sus servicios que requiere que las empresas multinacionales proporcionen su propia fuerza de seguridad para sus instalaciones en el país. Compañías como Teleservice y Alpha 5 son controladas por militares angoleños y contratan a ex militares del país para integrar sus filas. Se ha sugerido que había más de ochenta empresas trabajando en Angola, proporcionando principalmente seguridad para embajadas, hoteles, terrenos o equipos. EO era diferente de estas empresas de seguridad, ya que prestó servicios de combate, entrenamiento militar y equipos bélicos que mejoraron en gran medida la capacidad de su empleador para hacer la guerra (Joras & Schuster, 2008: 147-148). EO entrenó unos 5000 soldados y 30 pilotos, que jugaron un papel vital en la mejora de la eficacia de las fuerzas armadas de Angola y planificaron operaciones conjuntas contra UNITA que a su vez había sido presumiblemente entrenada por EO. A pesar de las negociaciones en curso entre las dos partes en conflicto que habían comenzado en 1993, a mediados de 1994 unos 500 empleados de EO estaban en Angola, y la FAA y EO recapturaron territorio de UNITA. El primer logro importante de la compañía fue a mediados de 1994, cuando tropas angoleñas entrenadas por EO, derrotaron a una fuerza de UNITA en una ciudad estratégica a las afueras de Luanda. La batalla fue planeada y ejecutada tanto por la FAA como por EO. Executive Outcomes también ayudó a recobrar múltiples yacimientos de diamantes alrededor en 1994 y las instalaciones petroleras de Soyo a finales de ese año (Kinsey, 2006: 14). Estas fuerzas

combinadas terminaron por derrotar a UNITA y expulsarla de las principales ciudades de Angola, de la mayoría de los yacimientos importantes. La derrota de UNITA llevó a firmar el Protocolo de Lusaka en noviembre de 1994 en la que solicitaron a EO retirarse del país (Singer, 2004: 109). El MPLA, como la facción vencedora y la principal fuerza política del país solicitó que EO permaneciera en el país, pero en diciembre de 1995 el presidente estadounidense Clinton presionó al Presidente Dos Santos para terminar el contrato de EO, hasta que el gobierno finalmente accedió a pedir su retirada. (Cleary, 1999: 163). Muchos de los empleados de la compañía se quedaron y fueron empleados por otras compañías de seguridad locales. En 1998, hubo informes en la prensa de que había operaciones clandestinas de EO, contratadas por el gobierno angoleño para atacar reductos armados de las facciones derrotadas. Los recursos jugaron un papel importante en la guerra de Angola. UNITA utilizó las áreas de diamantes bajo su control para adquirir armamento, con ganancias por el orden de varios cientos de millones de dólares cada año. El mismo EO obtuvo sus contratos con el gobierno por medio de la gestión de individuos cercanos al mercado de diamantes y otras materias primas. Los CMPs involucrados habrían recibido pagos en forma de concesiones de explotación minera (Kinsey, 2006: 61). En última instancia, la captura de yacimientos de minerales estratégicos fue parte de la estrategia de beneficio personal adoptada por los combatientes, cualesquiera que fuera su origen (Joras & Schuster, 2008: 163). Las empresas extranjeras de minería y también ayudaron al gobierno para impedir que sus propias fuerzas de seguridad se volvieran en su contra, a la luz de los enormes ingresos que dichas operaciones representaban, evitándole de paso un desafío adicional al gobierno (Reno, 1997: 179). A EO se le ha reconocido su asistencia al MPLA para dar marcha atrás a las fuerzas de UNITA y obligarlos sentarse en la mesa de negociaciones, aunque EO no jugó ningún papel en forzar a Savimbi a negociar, ya que las negociaciones fueron de hecho iniciadas tras un alto el fuego propuesto por UNITA, que el gobierno rechazó en agosto de 1993, antes de que el gobierno hubiera firmado el primer contrato con EO, lo que sugiere que ésta compañía podría haber prolongado la

guerra mediante el aumento de la capacidad de la FAA a tal punto que sin su participación, el gobierno probablemente habría apoyado la propuesta de alto el fuego inicial de Savimbi (Joras & Schuster, 2008). Aunque EO fue presionado a abandonar Angola, fue capaz de mantener su influencia a través de otras empresas asociadas. Empresas relacionadas con EO proporcionaron una amplia gama de servicios tales como la seguridad, la reconstrucción, apoyo médico y de comunicaciones, manteniendo de forma directa o indirecta, la influencia de EO en el país (Joras & Schuster, 2008). El Protocolo de Lusaka nunca fue un éxito completo. A finales de 1998, las partes estaban en guerra de nuevo. Se informó de que Savimbi también contrató a mercenarios procedentes de Ucrania y Sudáfrica. Fue sólo con la muerte de Savimbi en febrero de 2002 que Angola tuvo una oportunidad real para poner fin al conflicto.

7.2. EL GIRO SINO-ANGOLÉS

En su relación con Angola, el gobierno chino está muy involucrado en la reconstrucción nacional a través de diversas instituciones financieras como medio para garantizar unas relaciones más estrechas con Angola, que de forma acorde con un modelo de interdependencia, le pueden garantizar acceso al petróleo. La estrategia de China es, pues, aparentemente para acumular capital político a través de la provisión de infraestructura, financiada por préstamos en favorables, teniendo al petróleo como garantía de pago. Esta estrecha relación política, sin dejar de lado sus complejidades, bien revela el compromiso chino de establecer lazos de interdependencia.

El papel de China en Angola como financiador de proyectos de desarrollo a gran escala ha recibido considerable atención de los medios, pero las relaciones, tanto históricas como contemporáneas, no han recibido toda la atención que merecen. Angola logró su independencia en 1975 y sólo hasta 1983 estableció relaciones diplomáticas oficiales con China. En consecuencia, las relaciones Sino-Angoleñas

no son tan largas como las de China con otros estados africanos. En este nuevo tipo de asociación estratégica China con África, China ha tenido peso en la vida política angoleña apenas desde 2004. Esto no significa, sin embargo, que China no hubiera tenido interacción con este país antes del establecimiento de relaciones diplomáticas oficiales. De hecho, China tuvo una amplia participación en la prolongada guerra civil de Angola, y determinó en mayor o menor grado su situación política actual.

El cambio de siglo, sin embargo, marcó una nueva etapa de la interacción bilateral en aspectos como el carácter pragmático y centrado en la economía, enfocado particularmente en la reconstrucción de la infraestructura afectada por décadas de guerra civil. Actualmente, Angola es el mayor socio comercial de China en África, principalmente gracias a las necesidades energéticas de China, al punto que en la actualidad más del 30% de las exportaciones de crudo de Angola van a China, representando el 16% del total de las importaciones de petróleo de China. Adicionalmente, el partido de gobierno tiene fuertes lazos con Pekín gracias a la estrecha interacción bancaria y financiera, así como a grandes préstamos que varias instituciones financieras chinas le han hecho al gobierno angoleño.

China ha adoptado un nuevo modelo de cooperación, comercio y desarrollo con Angola, donde China financia proyectos productivos, de infraestructura y muchos otros, por lo general dirigidos al desarrollo social y económico requerido por los países africanos, aprovechando los recursos naturales como un medio de garantía. La participación de China en la reconstrucción y modernización de Angola convierte a China en socio un preferencial para el comercio y la inversión, lo que tiene un efecto dominó en otros países de la región, que quieren emular la experiencia china en sus propios territorios.

La aceptación de los préstamos de China era políticamente conveniente para la élite política de Angola por dos razones. En primer lugar, Angola había estado

experimentando dificultades para asegurar otras fuentes de capital sin que el régimen al frente del gobierno tuviera que hacer grandes concesiones políticas. Por otra parte, en época electoral, el partido de gobierno pudo experimentar los dividendos políticos de la inversión pública en infraestructura. Este trato preferencial por parte de China como socio comercial y de financiamiento parece haber animado a otros países a solicitar las líneas de crédito con el fin de ayudar a sus propias compañías y productos a competir en mejores condiciones en el mercado regional. La relación de Angola con China parece estar madurando de una relación simple de mutua conveniencia a una donde ambos países se ven como socios estratégicos. Desde la perspectiva de Pekín, sin embargo, la cuestión más importante tiene que ver con la sostenibilidad de dichas relaciones. Lejos de ser una plataforma de asistencia humanitaria para aplicar en otros países de la región, la estratégica entre Luanda y Pekín opera en términos de mutua necesidad, para acceso a financiación y a recursos energéticos respectivamente. En consecuencia, ya que la relación entre China y Angola depende en gran medida del petróleo, a pesar de su importancia, no es garantía de sostenibilidad si la balanza de dependencia mutua varía. Tanto China como Angola se ven como aliados estratégicos necesarios para el futuro previsible de ambos, pero las relaciones basadas en el interés mutuo no están esculpidas en piedra.

7.3. LA FORMULA CHINA DE CONTRATISTAS MILITARES

Como parte del paquete de inversión e infraestructura que China implementó en Angola, se desplegó una vasta fuerza de trabajadores, que se suman a casi un millón de expatriados chinos que trabajan en diversos proyectos productivos en toda África. Al igual que los trabajadores de otras grandes potencias involucrados en proyectos civiles en Irak y Afganistán, los ciudadanos chinos tienen crecientes necesidades de seguridad que deben ser satisfechas. Sin embargo, desplegar tropas regulares del ejército chino generaría más problemas de los que resolvería, al ser percibido por los países huéspedes como una afrenta a su soberanía,

perjudicando el esfuerzo de cooperación pacífica que hace parte de la política exterior de China en África.

Si bien las compañías chinas optaron en el pasado por soluciones de seguridad de compañías establecidas en el mercado global, los últimos años han visto la incursión de compañías de seguridad chinas en África y otras regiones. Compañías como Shandong Huawei Security Group se valen de la gran oferta laboral que deja las fuerzas armadas chinas, las más grandes del mundo en número de tropas.

Actualmente, pese a los temores de repetir las mismas historias que padecieron diversos países africanos con fuerzas armadas privadas, que afectaron sistemáticamente a la población del continente, y se valieron de sus contactos políticos para saquear los recursos naturales de la región, los CMPs chinos no han tenido registros de excesos contra la población de la región y en particular, de Angola. A pesar de que China firmó el acuerdo de Montreux, que busca establecer un marco ético para la operación de los CMPs, dicho documento no es vinculante, tratándose principalmente de un código de conducta voluntario. Esto nos da indicios clave sobre la continuidad de la política exterior china y la forma en que sus principios de no interferencia y cooperación pacífica se extienden a organizaciones, que por constitución son privadas, pese a los vínculos entre los miembros de estas organizaciones y los gobiernos de los países de que provienen, como ya lo vimos en secciones anteriores.

Aún en épocas de crisis, China ha optado por alternativas diferentes a la intervención, respetando la política interna de socios actuales y potenciales. Cabe recordar que en 2001, mientras que las fuerzas occidentales optaron por tomar partido en la crisis de Libia, ejecutando misiones de bombardeo en apoyo a los rebeldes, el gobierno chino se mantuvo a la saga, efectuando únicamente una operación de extracción de nacionales.

8. CONCLUSIONES

La forma más eficaz de prevenir que los CMP sigan operando en zonas vulnerables y empobrecidas sería adelantando medidas exitosas de lucha contra la pobreza y la corrupción, así como implementado instrumentos de regulación efectivos para el acceso a los recursos naturales. Sin embargo, para muchas naciones africanas, y para muchas otras donde el monopolio de la fuerza por parte del Estado es débil o se está debilitando, esto no va a suceder en un futuro próximo y es poco probable que suceda en el corto plazo, y estos serán terrenos fértiles donde muchos CMPs podrán crecer y fortalecer su influencia, gracias a la constante demanda por sus servicios.

Los CMPs explotan los recursos de los países más pobres del mundo, recursos que podrán ser utilizados para el desarrollo. Sin embargo, la debilitada estructura gubernamental de estos Estados no garantiza que dichos recursos se utilicen de forma diferente sin la presencia de los CMPs o mercenarios. Sin ir más lejos, las potencias occidentales y otros intereses empresariales internacionales han protagonizado el saqueo sistemático de los recursos africano mucho antes de que se constituyeran los CMPs en su estructura actual.

La industria de la seguridad privada, incluso si ha sido aceptada por el Estado, todavía desafía el derecho exclusivo del Estado para utilizar la fuerza y le quita su derecho exclusivo a hacer la guerra y a mantener la seguridad. Sin embargo, en situaciones de conflicto interno y guerras civiles, las partes enfrentadas al Estado ya se han atribuido tales derechos.

El papel de las de los CMPs y otras organizaciones militares privadas en la resolución final de los conflictos parece ser limitada. Otras formas de participación internacional son las que han generado soluciones de paz a largo plazo. Adicionalmente los CMPs no pueden hacer frente a los problemas subyacentes que causan los conflictos, al igual que eso no se espera de las fuerzas militares convencionales. Se necesita de esfuerzos diplomáticos internacionales como

complemento de la fuerza para detener los conflictos y los atropellos a la población civil donde los haya.

Sin embargo, los CMPs podrían tener un papel a desempeñar como parte de la solución. La fuerza es a menudo necesaria para llevar a las partes a las negociaciones. En Angola, tras numerosas negociaciones fallidas, fue el éxito militar alcanzado por EO el que activó las negociaciones. A largo plazo, una paz duradera depende no sólo del mantenimiento de la seguridad, sino de atacar las causas subyacentes del conflicto y de obtener compromisos políticos duraderos.

Los CMPs no son una solución ideal para los problemas de seguridad y se merecen muchas de las críticas que han recibido, pero no siempre hay alternativas fácilmente disponibles para los países en crisis. La pregunta no es si son buenos o malos, el problema es cómo pueden utilizarse eficazmente para asegurarse de que actúan en pro del interés de las sociedades en las que trabajan, con plena responsabilidad por sus acciones. Sería más fácil para las organizaciones internacionales trabajar con ellos mediante su inclusión en el sistema jurídico internacional, para que no se pierda la oportunidad de adelantar iniciativas de paz y estabilidad por el simple hecho de que haya CMPs involucrados.

Hay una necesidad real de la comunidad internacional para aplicar una legislación internacional eficaz que regule las actividades de las fuerzas armadas privadas. Esto servirá tanto al control de sus actividades y permitirá a las naciones y las organizaciones internacionales trabajar con ellos en miras a un objetivo común. Los CMPs tienen el potencial de actuar con menos reparos y cuestionamientos éticos que las fuerzas de seguridad de muchos gobiernos, y no pueden ser controlados o sujetos a rendir cuentas si simplemente permanecen fuera de la ley o si se ignora su potencial.

La industria militar privada es una de las pocas áreas del comercio internacional que no están reguladas. Para que los CMPs se conviertan en actores útiles y menos controvertidos en la resolución de conflictos internacionales se requiere que estas

organizaciones profundicen en la rendición de cuentas, cuenten con códigos de conducta que prevengan actos violentos y contra la población civil, y que se hagan menos disponibles para aquellos gobiernos que atenten contra su propia población.

La fiabilidad de estas fuerzas armadas motivadas por el lucro siempre estará en entredicho. Existe la posibilidad de que antepongan sus propios intereses al éxito de las operaciones que se les encomiendan si las circunstancias en el terreno se muestran difíciles, a diferencia de las tropas regulares bajo el mando de los gobiernos. También existe la posibilidad de que la empresa o su personal cambien de bando, como se ilustró en capítulos anteriores.

Aún si los CMPs dijeran trabajar sólo para gobiernos legítimos, éstos pueden definirse de diferentes maneras y no quiere decir necesariamente que sean gobiernos democráticos. Que un régimen sea reconocido por la comunidad internacional, no significa automáticamente que dicho régimen sea representativo de su pueblo. El acceso a una fuerza militar privada depende entonces del dinero y no de su legitimidad, al punto que un régimen autocrático o una tiranía puede equipararse así a un Estado democrático en términos de su acceso a la fuerza militar.

Así, una regulación eficaz, tanto a nivel nacional como internacional, y evitar recurrir a la prohibición son elementos clave para el futuro de estas organizaciones como actores positivos para el sistema internacional, ya que simplemente prohibir las fuerzas militares privadas no va a evitar que funcionen. En últimas, diferenciar la actividad de los mercenarios de aquella de los CMPs será lo que permitirá el aumento de la transparencia y la legitimidad de esta industria.

La relación de Angola con China parece estar madurando desde una de mutua conveniencia a una donde ambas partes se aprecian mutuamente como socios. Por otra parte, lejos de servir como una especie de modelo para las relaciones de otros países ricos en recursos con China, la relación estratégica entre China y Angola se dio en un momento de confluencias, para la financiación que necesitaba Angola y

los recursos petroleros que necesitaba China. Para Angola, China sigue siendo un socio comercial importante, cuya demanda de crudo y su voluntad de ofrecer líneas de crédito han adquirido cada vez más importancia después de las fluctuaciones en el precio del petróleo.

Sin lugar a dudas la calculada diplomacia china, su poder blando, y su creciente poderío económico permitirían que se convierta en un jugador internacional de primera, mientras que África es la última frontera de la globalización, con un amplio margen para impulsar la extracción de petróleo y la producción agrícola para satisfacer la creciente demanda en todo el mundo. Al igual que las empresas públicas y privadas chinas están activas en los territorios de Angola, e involucradas en la construcción de infraestructura para el transporte de materias primas necesarias para alimentar su industria, el mismo enfoque puede ser seguido en otros sectores, como la agricultura, manufactura y servicios. Los gobiernos africanos están, sin embargo, prevenidos ante nuevas formas de colonización, esta vez a manos de las empresas transnacionales. Estos temores surgen como resultado de la terrible historial de iniciativas de explotación que han saqueado los recursos del continente, dejando pocos beneficios en contraparte. La política exterior de China en África fue diseñada, y sigue evolucionando, con base en las consideraciones económicas y estratégicas más apremiantes del momento. Por lo tanto, los instrumentos de política exterior asociados se pueden describir como oportunistas, utilitarios y no intrusivos, y reflejan el interés de China y sus contrapartes en maximizar su propio interés. Aunque no interferencia ha sido presentada como el resumen de la política exterior china y a pesar de todas las amenazas y los riesgos que conlleva, la idea sigue siendo parte de su retórica oficial. Además, debido a que sostener el crecimiento económico y promover el bienestar social –o mejor, evitar un ambiente hostil al gobierno en el país más poblado del mundo– son los objetivos fundamentales de los líderes chinos, éstos no pueden permitirse la irresponsabilidad de no garantizar el suministro energético del país a cualquier precio, sobre todo porque no hacerlo podría tener un devastador costo político. Dado que Beijing

armoniza sus políticas exterior y energética, la primera está atada al menos en parte a los rápidos cambios que se producen en los mercados mundiales de la energía. Para complicar el panorama, las grandes compañías petroleras occidentales están tratando de ampliar su suministro a través de inversiones y adquisiciones que son cada vez más escasas. Adicionalmente, cada vez más Estados petroleros conforman monopolios de explotación y le cierran las puertas a intereses explotadores extranjeros, dejando a actores como China con cada vez menos opciones, en regiones cada vez más apartadas y costosas de desarrollar.

Aunque que Pekín probablemente no llegue a cumplir el sueño de todos los líderes africanos, que añoran recorrer el camino al desarrollo sobre los hombros de China, la maquinaria del gobierno chino está reevaluando sus políticas para alinearse con las realidades africanas, y este proceso es sin duda mucho más fácil en África que en otras regiones sedientas de desarrollo, ya que la Unión Africana, pese a tratar de presentar una voz unificada en beneficio de los intereses africanos, no ha conseguido articular una política coherente y unitaria frente a China, lo que debilita la capacidad de todo el continente para negociar en igualdad de términos con la curtida tecnocracia de Pekín. Este no es sin embargo un problema para países como Angola, que encuentran indeseable el intervencionismo, independientemente de su fuente, y no quieren que la Unión Africana o cualquier otro órgano de supervisión interfieran en sus relaciones bilaterales.

Visto así, es sobre los líderes africanos en cada país que depende la promulgación de reformas arancelarias, de infraestructura e inversión entre muchas otras, para conformar el marco según el cual todos los intereses comerciales que quieran entablar relaciones con África lo hagan, pero dejando réditos socialmente constructivos a mediano y largo plazo. De ser así, la industria africana podría aumentar la confianza del mercado internacional en cuanto a la variedad, calidad y cantidad de su sector exportador.

Es engañoso reducir la suma de las necesidades de China estrictamente al petróleo. De hecho la diversidad de las necesidades de Pekín por productos y materias

primas ha impulsado un comercio diversificado que ha logrado sacar a muchos africanos de la pobreza. Si a largo plazo, las asociaciones mutuamente beneficiosas como la que existe entre Angola y China continúan, una Angola económicamente dinámica y políticamente estable estará en línea con los intereses estratégicos de China. Dado que compromisos e inversiones de Pekín con Angola probablemente continuarán a la largo del tiempo, esta asociación le servirá como una lección a Occidente sobre cómo sentar lazos de cooperación socialmente relevantes y políticamente sostenibles con el sur global, de paso apuntalando una influencia benéfica en las regiones más empobrecidas que con cada vez mayor interés dirigen su mirada al Reino Medio.

Tras el ejercicio analítico e investigativo desarrollado a lo largo de estas páginas, se ha podido analizar elementos clave de la política exterior china y cómo esta superpotencia en ascenso ha optado por un modelo de interacción diferente a aquel empleado por la superpotencia vigente que es Estados Unidos. Mientras que Estados Unidos tiene un modelo expansionista, donde sólo puede encontrar estabilidad a largo plazo con otros actores internacionales siempre que estos adopten un modelo político y económico afín a las instituciones políticas y económica estadounidenses, las relaciones de China con el mundo están basadas en la promoción de lazos donde prima el beneficio mutuo, sin condicionamientos de corte político o ideológico.

Sin duda éste enfoque, que bien se enmarca dentro de la teoría Liberal de las relaciones internacionales, tiene ventajas significativas frente al modelo Estadounidense, cuya agenda de política exterior comprende criterios de supremacía económica, militar y política como fuente de seguridad nacional, apelando a la fuerza para satisfacer dichos intereses. Estas mismas tendencias se pueden ver en el proceder de los PMCs estadounidenses, que tienen intereses compatibles con aquellos de su país, considerando el entramado de interacciones

complejas que hemos descrito, lo cual determina su historia de abusos contra la población civil en aquellos países donde han intervenido durante más tiempo.

China, como se ha expuesto ampliamente, tiene un modelo de política exterior eminentemente basado en la conveniencia mutua, que ignora las contingencias políticas de sus socios y construye lazos de cooperación, que si bien son controvertidos, resultan convenientes para China en tanto que todo esfuerzo de cooperación de su parte tiene una contraprestación beneficiosa en forma de acceso a recursos, rutas comerciales y terrenos productivos, entre otros.

Sería ingenuo dar por descontado que China no asumirá una actitud más asertiva, e incluso agresiva en el futuro para promover sus intereses nacionales. Sin embargo, la historia de éxito de su actual modelo de cooperación, *soft power* y beneficios mutuos, bien les puede servir como recordatorio a los líderes chinos del futuro de la potencial paz que proviene de la interdependencia.

9. BIBLIOGRAFÍA

Maquiavelo, N. (1971). *El príncipe*. Ediciones Ibéricas y LCL.

Healy, M. & McBride, A. (1992). *New Kingdom Egypt*. London: Osprey Military.

Harneit-Sievers, A., Marks, S., & Naidu, S. (Eds.). (2010). *Chinese and African perspectives on China in Africa*. Fahamu/Pambazuka.

Schreier, F., & Caparini, M. (2005). *Privatising security: Law, practice and governance of private military and security companies*. Geneva: Geneva Centre for the Democratic Control of Armed Forces (DCAF).

Alden, C., Large, D., & De Oliveira, R. S. (2008). *China returns to Africa: A rising power and a continent embrace*. New York: Columbia University Press.

Brautigam, D. (2009). *The dragon's gift: the real story of China in Africa*. Oxford University Press.

House of Commons - Foreign Affairs - Ninth Report. (2002, July 23). House of Commons - Foreign Affairs - Ninth Report. Consultado Mayo 25, 2014, de <http://www.publications.parliament.uk/pa/cm200102/cmselect/cmfaff/922/92202.htm>

Keohane, R., & Nye, J., (1988) *Poder e interdependencia: la política mundial en transición*. Grupo Editor Latinoamericano

Guerrero, D. G. M., & Manji, F. (Eds.). (2008). *China's New Role in Africa and the South: A Search for a New Perspective*. Fahamu/Pambazuka.

Erickson, A., & Collins, G. C. (2012, Febrero 21). Enter China's Security Firms. *The Diplomat*. Consultado en Mayo 25, 2014, de <http://thediplomat.com/2012/02/enter-chinas-security-firms/>

Cheru, F., & Obi, C. (2010). *The rise of China and India in Africa: Challenges, opportunities and critical interventions*.

Bond, G. C. (2008). New Encyclopedia of Africa 317. *New encyclopedia of Africa*, 5, 317.

Hui, T. Y. (2013, Enero 13). China's delicate diplomatic tango between the two Sudans. - Opinion. Consultado en Mayo 24, 2014, de <http://www.aljazeera.com/indepth/opinion/2013/01/201315105759540808.html>

Rotberg, R. I. (Ed.). (2009). *China into Africa: Trade, aid, and influence*. Brookings Institution Press.

Foster, V. (2009). *Building bridges: China's growing role as infrastructure financier for Sub-Saharan Africa (Vol. 5)*. World Bank Publications.

Singer, P. W. (2007). *Can't Win with'em, Can't go to War without'em: Private Military Contractors and Counterinsurgency*. Washington, DC: Brookings Institution.

Foxman, S. (2013, Abril 11). Trade ties between China and Africa could surge 25% this year-and that's just the beginning. *Quartz*. Consultado en Mayo 21, 2014, de <http://qz.com/73463/trade-ties-between-china-and-africa-could-surge-25-this-year-and-thats-just-the-beginning/>

Strange, S. (2001). *La retirada del Estado: la difusión del poder en la economía mundial (Vol. 2)*. Intermón Oxfam Editorial.

Tull, D. M. (2006). China's engagement in Africa: Scope, significance and consequences. *Journal of modern African studies*, 44(3), 459.

Taylor, I. (2006). China's oil diplomacy in Africa. *International affairs*, 82(5), 937-959.
Eneka, C. (2011). China's Military Presence in Africa: Implications for Africa's Woobling Peace. *Journal of Asia Pacific Studies*, 2(1).

Xu, B. (2014, May 14). South China Sea Tensions. Consultado el 17 de noviembre, 2014, de <http://www.cfr.org/china/south-china-sea-tensions/p29790>

Kinsey, C. (2006). *Corporate soldiers and international security: The rise of private military companies*. Routledge.

Cleary, S. (1999). Angola—A case study of private military involvement. Consultado el 11 de Agosto de 2014, de <http://www.issafrica.org/uploads/PEACECHAP8.PDF>

Koch, J. (2014, April 21). [Http://www.nbr.org](http://www.nbr.org) - NBR - The National Bureau of Asian Research. Consultado el 3, de enero de 2015, de <http://www.nbr.org/research/activity.aspx?id=418>

Kinsey, C. (2006). *Corporate Soldiers and International Security: The Rise of Private Military Companies*. Routledge.

Joras, U., & Schuster, A. (2008). *Private Security Companies and Local Populations: An Exploratory Study of Afghanistan and Angola*.

Taylor, I. (2007). *China and Africa: engagement and compromise* (Vol. 10). Routledge. Chicago

Kraxberger, B. M. (2012). Rethinking responses to state failure, with special reference to Africa. *Progress in Development Studies*, 12(2-3), 99-111.

Musah, A. F. (2002). Privatization of security, arms proliferation and the process of state collapse in Africa. *Development and Change*, 33(5), 911-933. Chicago

Middleton, J. (2008). *New encyclopedia of Africa* (Vol. 1). Charles Scribner's Sons. Chicago

Schreier, F., & Caparini, M. (2005). *Privatising security: Law, practice and governance of private military and security companies*. Geneva: Geneva Centre for the Democratic Control of Armed Forces (DCAF). Chicago

Ikome, F. N. (2012). Africa's international borders as potential sources of conflict and future threats to peace and security. *Institute for Security Studies Papers*, (233), 16-p. Chicago

Avant, D. (2006). The implications of marketized security for IR theory: The democratic peace, late state building, and the nature and frequency of conflict. *Perspectives on Politics*, 4(03), 507-528.

Tonkin, H. (2011). *State Control Over Private Military and Security Companies in Armed Conflict* (Vol. 84). Cambridge University Press.

Rotberg, R. I. (Ed.). (2009). *China into Africa: Trade, aid, and influence*. Brookings Institution Press.

Tan-Mullins, M., Mohan, G., & Power, M. (2010). Redefining 'aid' in the China–Africa context. *Development and Change*, 41(5), 857-881.

Troop and police contributors. United Nations Peacekeeping. (n.d.). Consultado el 5 de enero de 2015, de <http://www.un.org/en/peacekeeping/resources/statistics/contributors.shtml>

Bartels, E. (2008). Private Sector, Public Wars. *Journal Of International Peace Operations*, 4(2), 19-24.

Bjork, K., & Jones, R. (2005). Overcoming Dilemmas Created by the 21st Century Mercenaries: conceptualising the use of private security companies in Iraq. *Third World Quarterly*, 26(4-5), 777-796.
Chicago

Bosch, S., & Maritz, M. (2011). South African private security contractors active in armed conflicts: citizenship, prosecution and the right to work. *PER: Potchefstroomse Elektroniese Regsblad*, 14(7), 70-125.

Provost, C., & Harris, R. (2013, April 29). China commits billions in aid to Africa as part of charm offensive. Consultado el 14 de diciembre de 2014, de <http://www.theguardian.com/global-development/interactive/2013/apr/29/china-commits-billions-aid-africa-interactive>

Tull, D. M. (2006). China's engagement in Africa: scope, significance and consequences. *The Journal of Modern African Studies*, 44(03), 459-479.

Holslag, J. (2006). China's new mercantilism in Central Africa. *African and Asian Studies*, 5(2), 133-169.

Harneit-Sievers, A., Marks, S., & Naidu, S. (Eds.). (2010). Chinese and African perspectives on China in Africa. *Fahamu/Pambazuka*.

Alden, C. (2005). China in Africa. *Survival*, 47(3), 147-164.
Chicago

Shi Dan. (2007). China's Energy Policy: Past and Present. *China Economist*, 4, 009.

Van Der Hoeven, M. (2013). Strategizing for Energy Policy: China's Drive to Reduce Dependence. *Harvard International Review*, 35(1), 11.

Downs, E. (2013, June 6). China-Middle East Energy Relations. Retrieved January 2, 2015, from <http://www.brookings.edu/research/testimony/2013/06/06-china-middle-east-energy-downs>